albert einstein

Elogiado como genio de la ciencia, hostigado por el FBI por subversivo y por su visión socialista

vidas rebeldes

vidas rebeldes **albert einstein** vidas rebeldes **albert einstein**

otras **vidas rebeldes** en esta serie:

Antonio Gramsci, editado por Néstor Kohan
Camilo Torres, editado por Diego Baccarelli
Che Guevara, editado por María del Carmen Ariet García
Haydée Santamaría, editado por Betsy Maclean
Louise Michel, editado por Nick Maclellan
Nazim Hikmet, editado por Hernán F. Boeykens Larrain
Rosa Luxemburgo, editado por Néstor Kohan
Sacco y Vanzetti, editado por John Davis

vidas rebeldes es una nueva colección que pone a disposición del lector la historia de personalidades del pensamiento y de las luchas radicales, a los que se ha tratado de mantener en el olvido u ocultar por la derecha. En los títulos de **vidas rebeldes** podrán encontrar una cuidadosa selección de escritos y trabajos elaborados por estos hombres y mujeres. Además, el rescate de sus historias a través de escritos sobre ellos, para de esta forma entregar a la nueva generación de luchadores sociales, las ideas y la memoria histórica de la vida de estos eternos combatientes.

albert einstein

editado por Jim Green

vidas rebeldes

ocean sur

una editorial latinoamericana

Derechos © 2008 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-920888-61-9
Library of Congress Control Number: 2006940238

Primera edición 2008
Impreso en México por Quebecor World S.A., Querétaro

PUBLICADO POR OCEAN SUR

OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: Juan de la Barrera N. 9, Col. Condesa, Del. Cuauhtémoc, CP 06140, México D.F.
E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: (52) 5553 5512
EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com
Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com
El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com
Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Cartago Ediciones S.A. • Tel: 011-4304-8961 • E-mail: info@cartago-ediciones.com.ar
Australia: Ocean Press • Tel: (03) 9326 4280 • E-mail: info@oceanbooks.com.au
Chile: Editorial "La Vida es Hoy" • Tel: 2221612 • E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com
Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: ediciones@izquierdaviva.com
Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com
Ecuador: Libri Mundi S.A. • Tel: 593-2 224 2696 • E-mail: ext_comercio@librimundi.com
EE.UU. y Canadá: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com
El Salvador y Centroamérica: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com
Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com
México: Ocean Sur • Tel: 5553 5512 • E-mail: mexico@oceansur.com
Perú: Ocean Sur Perú • Tel: 330 7122 • E-mail: oceansurperu@gmail.com
Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com
Venezuela: Ocean Sur • E-mail: venezuela@oceansur.com

www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

índice

Introducción 1

Cronología 21

Primera parte: *Pacifismo, nacionalismo, militarismo y fascismo*

El problema pacifista 25
El mundo como yo lo veo 26
Carta a un amigo pacifista 29
Los Estados Unidos y la Conferencia sobre el desarme de 1932 30
La cuestión del desarme 32
Discurso en el mitin estudiantil sobre el desarme 34
Sobre el servicio militar 35

Segunda parte: *Hacia un gobierno mundial*

Un adiós (carta de renuncia dirigida al secretario alemán de la Liga de las Naciones) 39
Carta abierta a la Asamblea General de las Naciones Unidas 40

Tercera parte: *Armas de destrucción masiva*

Carta al presidente Roosevelt sobre las armas atómicas 45
Guerra atómica o paz 47
Un mensaje a los intelectuales 52
Sobre la abolición de la amenaza de guerra 56
La seguridad nacional 57

Cuarta parte: *Derechos humanos y derechos civiles*

Minorías 61
La cuestión negra 62
Derechos humanos 64
Métodos modernos de Inquisición 66

Quinta parte: *Los judíos y el humanismo*

El llamado a los judíos 67
El objetivo de la existencia humana 68
A los héroes de la batalla del Ghetto de Varsovia 69
Ante el Monumento a los judíos mártires del Ghetto de Varsovia 70
Los judíos de Israel 71
Vencimos en la guerra pero no hay paz 73

Sexta parte: *Capitalismo y socialismo*

¿Por qué el socialismo? 77
Reflexiones sobre la crisis económica mundial 85
Sobre la riqueza 89
La ciencia y la sociedad 89

Bibliografía 93

Introducción

La edición de la revista *Time* del 31 de diciembre de 1999 proclamó a Albert Einstein como la «Persona del Siglo». Se hizo hincapié en los logros de Einstein en el campo de la física teórica, y en palabras de Frederic Golden, Einstein era «la encarnación del intelecto puro, [...] insondablemente profundo, el genio entre genios».

Walter Isaacson, el editor jefe de *Time*, situó los logros científicos de Einstein dentro de un contexto social. Según Isaacson, «si uno tiene que describir la geopolítica del siglo en una sola oración, esta puede ser muy breve: La libertad ha vencido. Las mentes libres y los mercados libres han triunfado sobre el fascismo y el comunismo». La explosión de la ciencia y la tecnología, afirmó Isaacson, «aseguró el triunfo de la libertad al desencadenar el poder de las mentes libres y los mercados libres».

En la línea de razonamiento de Isaacson hay un gran error, aunque de todos modos podemos estar de acuerdo con sus conclusiones. Einstein fue un franco crítico del triunfalismo implícito en todo tipo de retórica sobre «mentes libres y mercados libres». Lejos de celebrar la supuesta liberación de la mente por el capitalismo, Einstein sostuvo en su ensayo «¿Por qué el socialismo?» (1949) que la «mutilación del individuo es el mal mayor del capitalismo» y que la «anarquía económica de la sociedad capitalista tal y como existe hoy en día es, en mi opinión, la verdadera fuente del mal».

La única insinuación que la revista *Time* hace sobre el radicalismo de Einstein aparece en una referencia a otra revista del mismo corte, *Life*, que en abril de 1949 catalogó a Einstein, que entonces tenía 70 años, como uno de los 50 estadounidenses prominentes

utilizados como «armas» por los comunistas. Frederic Golden aborda las concepciones políticas de Einstein caracterizándolo como «bien intencionado aunque ingenuo» y como «fácil de ganar para cualquier causa valiosa». En *Time* no hay mención alguna del hecho de que después de la Segunda Guerra Mundial Einstein llegó a ser un blanco prominente de las cruzadas anticomunistas en los Estados Unidos, o de que fue catalogado como «enemigo de los Estados Unidos», según una autoridad tal como Joseph McCarthy, político e inquisidor estadounidense.

El verdadero Albert Einstein, izquierdista, pacifista, internacionalista, «un científico extranjero, judío, antinazi, antifranquista, antirracista, librepensador» (según Fred Jerome, autor de *The Einstein File*), es mucho más interesante que el de las versiones difusas, inciertas, que se pueden hallar en los medios corporativos de difusión, donde se nos impone la imagen de un profesor brillante y distraído. Einstein fue un agitador más que deseoso de lanzar un reto a la autoridad y de dar apoyo a una gama de causas progresistas; de hecho, se sentía obligado a hacerlo.

Einstein, joven científico

Einstein nació en Alemania, en 1879, en el seno de una familia de clase media, y recibió educación en ese país y en Suiza. Los años escolares en Alemania le dejaron una arraigada desconfianza hacia la autoridad, en tanto que una escuela más liberal a la que asistió en Suiza le dotó de un agudo criterio alternativo. La reforma educacional fue, de hecho, uno de los muchos temas abordados por Einstein en sus años de vida pública.

En 1896 Einstein renunció a la ciudadanía alemana, probablemente para evitar el servicio militar. Adoptó la ciudadanía suiza en 1901 y se le exoneró del servicio militar suizo por tener venas varicosas y pies planos y sudorosos (para empeorar las cosas, jamás usaba calcetines).

En 1903 Einstein se casó con Mileva Maric, una serbia que había

nacido en Hungría. Habían estudiado juntos en el Instituto Federal de Tecnología, en Zurich. En 1902 les había nacido una hija, Lieserl, cuyo destino posterior se desconoce; se presume que la dieron en adopción o quizás murió en la infancia. En 1904 les nació un hijo varón: Hans Albert, y en 1910, otro: Eduard.

Después de sus estudios, Einstein no pudo conseguir una plaza en la universidad (ni trabajo permanente como maestro de escuela secundaria), y en los dos años siguientes trabajó en numerosos lugares como maestro temporal. Mientras trabajó en Berna en la Oficina de patentes suiza, pudo invertir una gran parte de su tiempo libre estudiando y escribiendo sobre la física teórica. Varios artículos publicados en 1905 en *Annalen der Physik*, la principal revista alemana dedicada a este tema, lograron (varios años más tarde) asegurar su reputación como físico innovador. Gracias a Einstein, este año fue comparado con 1543, año de la publicación de *De Revolutionibus Orbium Coelestium*, de Copérnico, y con 1686, cuando Newton concluyó sus *Principia*.

A los escritos de Einstein publicados en 1905, les siguió un torrente constante de artículos; entre estos, importantes avances de la teoría de la relatividad que vieron la luz en 1907. En 1909 Einstein dejó Berna (y la Oficina de patentes) para aceptar un nombramiento como profesor de física teórica en la Universidad de Zurich. De 1911 a 1917 Einstein trabajó como investigador y profesor en varios lugares de Europa, hasta que en octubre de 1917 asumió el cargo de director en el Instituto de física teórica Kaiser Wilhelm.

Primera Guerra Mundial

Apenas cuatro meses antes de que las tropas alemanas invadieran Bélgica, los Einstein se trasladaron de Zurich a Berlín. Inmediatamente después de la invasión, 93 importantes intelectuales, clérigos y artistas alemanes firmaron un *Manifiesto al mundo civilizado*, intentando justificar la invasión de Bélgica y sosteniendo, en los aspectos más generales, que el militarismo alemán era crucial para

la protección de la cultura alemana. Einstein, a la edad de 35 años, fue uno de los cuatro científicos que firmaron una declaración de protesta —conocida como *Manifiesto a los europeos*— donde se pronunciaban contra la guerra y a favor de la creación de una Liga de Europeos «para consolidar el continente en un todo orgánico».

Durante la Primera Guerra Mundial, Einstein se unió a la Bund Neues Vaterland (Nueva Liga Patriótica), la cual aspiraba a finalizar la guerra y crear una organización supranacional para prevenir las guerras en el futuro. La organización distribuía literatura, hacía declaraciones públicas y organizaba mítines, en los cuales Einstein habló en varias ocasiones. En 1916 la Liga fue prohibida, pero continuó existiendo en la clandestinidad, hasta que pudo volver a actuar públicamente unos pocos meses antes del fin de la guerra.

Por supuesto, Einstein saludó el fin de la guerra y el establecimiento de una república en Alemania, y habló en una reunión del consejo estudiantil en el Reichstag, alertando contra una tiranía de la izquierda que pudiera reemplazar la tiranía de la derecha. Ya en 1918, en Berlín, Einstein formaba parte de una lista negra de la policía en la que figuraban pacifistas y socialdemócratas radicales a quienes, para solicitar pasaporte, se les exigía obtener una previa aprobación del mando militar.

La Primera Guerra Mundial fue una época agitada en la vida personal de Einstein. En 1914 se separó de Mileva y se casó con su propia prima Elsa Löwenthal (esta relación había comenzado en 1912), quien era viuda y tenía dos hijas: Ilse y Margot. Ambos matrimonios de Einstein se caracterizaron por relaciones irregulares y adulterios por su parte. En particular, su conducta con Mileva ha sido objeto de frecuentes críticas, y en general, sus actitudes hacia las mujeres eran mucho menos progresistas de lo que se pudiera esperar de alguien tan radical en otros sentidos.

Sin embargo, la mayor preocupación de Einstein durante y después de la Primera Guerra Mundial, es decir, lo que tenía para él una importancia mucho mayor que su familia o su trabajo político, era su investigación científica. Durante la guerra, Einstein extendió su trabajo sobre la relatividad hasta concluir una teoría general de la

relatividad, que reconceptualizaba fundamentalmente las relaciones entre el espacio, el tiempo, el movimiento, la materia y la energía.

Albert Einstein se convirtió rápidamente en un nombre muy conocido: solo en noviembre de 1919 *The New York Times* publicó 16 artículos sobre la relatividad y Einstein. En 1921 el otorgamiento del Premio Nobel de Física aseguró su estatus como superestrella científica, tanto a los ojos del público como para sus colegas científicos. Einstein llegó a simbolizar el progreso científico en una época en la que se esperaban grandes cosas de la ciencia y la tecnología, aunque más tarde, después de las detonaciones atómicas estadounidenses en Japón, se convirtió en una figura trágica. Pero en los años veinte, Einstein hizo mucho para popularizar la relatividad durante sus viajes a los Estados Unidos, a varios países europeos, a Japón, a China y a Palestina.

Primera parte: *Pacifismo, nacionalismo, militarismo y fascismo*

Esta antología de la serie Vidas Rebeldes comienza con «El problema pacifista», una nota de Einstein, breve pero explosiva, en la cual llama a los civiles a negarse a participar en las guerras criminales de sus líderes. El pacifismo de Einstein era un pacifismo militante: para él, la paz implicaba una eterna lucha contra los atizadores de la guerra y contra el lado más oscuro de la naturaleza humana. Apoyaba la objeción de conciencia al servicio militar obligatorio, caracterizándola como una táctica «violenta» pero considerándola, no obstante, el mejor método para combatir el militarismo. En 1930, durante su visita a los Estados Unidos, Einstein hizo su famosa declaración de que si un 2% de los llamados al servicio militar se negaban a combatir, los gobiernos se verían impotentes, ya que jamás podrían encarcelar a tantas personas.

La fama de Einstein le dio muchas oportunidades para hablar públicamente sobre temas políticos, en particular, para expresar su oposición al nacionalismo, «el sarampión del género humano»,

y al militarismo, «una plaga mortal de la civilización», según comentó en «El mundo como yo lo veo», que se incluye aquí. Se sentía consternado no solo a causa de la guerra, sino a causa del militarismo en un sentido más general, incluyendo el servicio militar forzoso y la inculcación de ideologías militaristas y nacionalistas, comenzando por las escuelas y a través de los medios de difusión. Además de frecuentes comentarios públicos en los medios, mítines y conferencias, Einstein cabildeaba en privado, ayudando a recaudar dinero para organizaciones pacifistas y apoyando activamente a numerosos grupos, tales como la War Resister's International (Internacional de Opositores a la Guerra), la Women's International League for Peace and Freedom (Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad) y la World Peace League (Liga Mundial por la Paz).

En su «Carta a un amigo pacifista», que se incluye aquí, caracterizó la industria de armamentos como «el maligno poder oculto tras el nacionalismo, desenfrenado por doquier...». En 1933, en su correspondencia con Zigmund Freud, Einstein condenó a las clases políticas gobernantes, ávidas de poder, de todas las naciones, así como a la industria de armamentos. Preguntaba cómo «camarillas tan pequeñas» habían sido capaces de controlar a la mayoría, llegando a someter a la prensa, las escuelas, y, «por lo general, también a la Iglesia». Preguntaba cómo las clases gobernantes lograban infundir a la gente «un entusiasmo tan salvaje, hasta el punto de sacrificar sus propia vidas», y hallaba esta respuesta: «El miedo y la ansiedad generales crean odio y agresividad. La adaptación a objetivos y actividades guerreristas ha corrompido la mentalidad del hombre; como consecuencia, un modo de pensar inteligente, objetivo y humano difícilmente puede producir efecto alguno, e incluso resulta sospechoso y es perseguido como no patriótico». («La amenaza de destrucción masiva», 1947).

Lo principal en el pacifismo de Einstein era el principio fundamental de que la guerra jamás podría ser humanizada, sino solo abolida. Einstein escribió mucho sobre el desarme y la mejor manera de llegar a realizarlo; aquí incluimos tres de sus ensayos sobre el tema: «Los Estados Unidos y la Conferencia sobre el desarme de

1932», «La cuestión del desarme» y «Discurso en el mitin estudiantil sobre el desarme». Einstein creía que cualquier acuerdo o debate sobre los tipos de armamentos permisibles en la guerra era inútil y se vería traicionado en cuanto comenzara la guerra. El desarme era un asunto de todo o nada. Mientras existieran los ejércitos, todo conflicto político y económico conduciría inevitablemente a una guerra.

Durante la Primera Guerra Mundial, el pacifismo de Einstein fue tolerado en Alemania tan solo en virtud de su creciente reputación científica. Después de la guerra se vio en una posición cada vez más precaria como pacifista declarado, con puntos de vista proizquierdistas, internacionalistas y por su ascendencia judía. Su ciencia era rechazada como judía y bolchevique, mientras en la Unión Soviética se la caracterizaba a veces como producto de una burguesía en rápida decadencia. En Alemania, en los años entre las dos guerras, las conferencias científicas de Einstein en ocasiones eran interrumpidas por agitadores derechistas; se celebraban mítines públicos en los que se atacaba la relatividad (Einstein asistió a uno de ellos, y dio todo un espectáculo con sus estruendosos aplausos y atronadoras risotadas); la prensa nazi lo representaba como uno de los líderes de la «conspiración judía mundial», y fue objeto de amenazas de muerte.

En diciembre de 1932 los Einstein salieron de Alemania para emprender una visita de trabajo a los Estados Unidos. En el mes siguiente, Hitler se convirtió en canciller de Alemania. El chalet campestre en los alrededores de Berlín, donde Einstein pasaba sus vacaciones, fue allanado (evidentemente en busca de armas) y expropiado por los nazis, su cuenta bancaria fue congelada, y cada vez más se rumoraba sobre amenazas a su vida. Los Einstein no volvieron a Alemania. A finales de 1933, Albert, Elsa, Ilse y Margot, así como Helen Ducas, la secretaria de Albert, que hacían un viaje por Europa, regresaron a los Estados Unidos, donde a Albert le habían ofrecido un puesto en el recién creado Institute for Advanced Study, en Princeton, Nueva Jersey. La mejor obra científica de Einstein ya estaba realizada, pero continuó trabajando en ella hasta el fin de su vida, distanciándose cada vez más de la corriente principal de la física teórica.

En algunos temas Einstein se apartó de una posición estrictamente pacifista, aunque motivado siempre por un propósito de paz y de justicia. Un claro ejemplo de ello es su propugnación de una organización armada supranacional. Con el surgimiento del fascismo en Alemania, dejó también de apoyar, provisionalmente, la objeción de conciencia al servicio militar y se manifestó a favor del rearme de los países de Europa occidental (ver «Acerca del Servicio Militar»). En los Estados Unidos, Einstein comenzó a defender la preparación militar de los países europeos contra la amenaza del fascismo y, en particular, del nazismo. En su ya referido artículo «Acerca del Servicio Militar», de 1934, llama a los países que apoyan «el progreso pacífico» —entre los cuales incluye a los Estados Unidos, el Imperio Británico, Francia y Rusia— a trabajar juntos para oponerse al fascismo.

Einstein hizo público su apoyo a la Brigada Lincoln, integrada por civiles estadounidenses que acudieron voluntariamente a España para combatir contra el fascismo como parte de las Brigadas Internacionales. Criticó la política de neutralidad del gobierno de los Estados Unidos durante la Guerra Civil en España y su embargo sobre la venta de armas al gobierno español antifascista. En septiembre de 1942, en una carta a Frank Kingdon, Einstein escribió:

> ¿Por qué Washington ayudó a estrangular a la España republicana? ¿Por qué tiene una representación oficial en la Francia fascista? ¿Por qué no reconoce al gobierno francés en el exilio? ¿Por qué mantiene relaciones con la España fascista? ¿Por qué no se hace un esfuerzo realmente serio para ayudar a Rusia en su espantosa necesidad? El gobierno [de los Estados Unidos] es controlado en gran medida por financieros cuya mentalidad se acerca a la manera fascista de pensar. Si Hitler no fuera un lunático, pudiera mantener amistad con las potencias occidentales.

Segunda parte: *Hacia un gobierno mundial*

En 1922 Einstein ingresó en el Committee on Intellectual Cooperation of the League of Nations (Comisión de Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones), abandonándolo al año siguiente. En su carta de renuncia, incluida aquí como «Un adiós», Albert escribió que deseaba trabajar con todas sus fuerzas para la creación de una autoridad internacional superior a los Estados-nación, en tanto la Comisión carecía de este objetivo. Sin embargo, en 1924 volvió a ingresar en ella, en parte debido a que su anterior renuncia había sido explotada como instrumento de propaganda por los nacional-chauvinistas alemanes. Einstein, aunque estaba muy disgustado por el historial de la Liga de las Naciones, esperaba que esta actuara como un baluarte contra el nacionalismo y el militarismo, y como una fuerza positiva en pro de la cooperación internacional.

Einstein consideraba la división del mundo en Estados-nación compitiendo entre sí, como la causa principal de la guerra, y se manifestaba a favor de la abolición de los ejércitos nacionales de conjunto con una parcial subordinación de la soberanía política y legal de los Estados-nación a una autoridad supranacional o un gobierno mundial. En su «Carta abierta a la Asamblea General de las Naciones Unidas», que también se incluye aquí, Einstein destaca su criterio sobre una autoridad de ese tipo, cuyos miembros serían electos popularmente y la cual tendría el poder (incluyendo una fuerza armada) para asegurar el cumplimiento de sus decisiones. Einstein sostenía que la subordinación sustancial de la soberanía nacional a una autoridad supranacional no era una de varias opciones para terminar con la guerra, sino la única opción. Asimismo se manifestaba a favor de la creación de un cuerpo legislativo y judicial internacional para resolver cualquier conflicto entre naciones, como «una manera sencilla de tratar el aspecto superficial (por ej.: administrativo) del problema» de liberar a la humanidad de la amenaza de la guerra. Superficial y administrativa quizás, pero urgente (y tanto más en la era de las armas atómicas) e inevitable (por negociación o por imposición por parte del vencedor en una guerra futura).

Einstein estaba alerta ante los riesgos que pudiera plantear tal autoridad supranacional. En un artículo de 1945, «Guerra atómica o paz», que incluye esta compilación, pregunta: «¿Tengo temor a la tiranía de un gobierno mundial? Claro que sí. Pero tengo aun más temor a una nueva guerra o a nuevas guerras. Por cierto, cualquier gobierno es malo hasta cierto punto. Pero un gobierno mundial es preferible al mal, aun más enorme, de las guerras, sobre todo debido a su creciente carácter destructivo».

Con excepción de un breve período inmediatamente posterior a la Segunda Guerra Mundial, cuando en occidente hubo un apoyo masivo a la idea de una autoridad supranacional, el llamado de Einstein recibió oídos sordos. Los gobernantes occidentales tendían a ver un gobierno mundial como un complot comunista, mientras que en la Unión Soviética lo veían como una fachada del imperialismo occidental.

Tercera parte: *Armas de destrucción masiva*

En agosto de 1939, justo antes del inicio de la guerra en Europa, Einstein envió su «Carta al presidente Roosevelt sobre las armas atómicas», aquí incluida. Cabía la posibilidad, escribía Einstein, de que el uranio se utilizara para fabricar «bombas extremadamente poderosas de un nuevo tipo». Expresaba su temor de que el régimen nazi estuviese trabajando en un programa de armamentos atómicos, e instaba a que se acelerara el trabajo experimental sobre la fisión nuclear y a que se estrechara el contacto entre el gobierno de los Estados Unidos y el grupo de físicos que trabajaban en el tema de la fisión en ese país.

En octubre de 1939, en parte debido a la insistencia de Einstein, se formó el President's Advisory Committee on Uranium (Comisión Consultiva del Presidente sobre el Uranio). Aunque Einstein siguió exhortando a que las investigaciones sobre las armas atómicas se ampliasen y tuviesen una mayor coordinación, al año siguiente declinó una invitación a ser miembro de una comisión ampliada.

Al final de la guerra, cuando Japón fue atacado con bombas atómicas, Einstein se manifestó en contra de estos ataques, calificándolos de injustificados y motivados por la politiquería entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. A la luz de los hechos, lamentaba haber exhortado a que se realizara un programa de armas atómicas en los Estados Unidos durante la guerra.

Después de la guerra, Einstein apoyó enérgicamente a las organizaciones que luchaban contra el militarismo y, en particular, contra las armas atómicas. En mayo de 1946 presidió el recién formado Emergency Committee of Atomic Scientists (Comisión de Emergencia de Científicos Atómicos), un grupo aglutinador y recaudador de fondos que se ocupaba primordialmente de indicar los peligros de las armas atómicas. Los fondos recaudados ayudaban a otras organizaciones, como la Federation of American Scientists (Federación de Científicos Estadounidenses), y financiaban actividades tales como la publicación del *Bulletin of the Atomic Scientists*.

En 1955, el científico y filósofo Bertrand Russell se dirigió a Einstein con la proposición de convocar a un grupo de científicos para discutir sobre el desarme nuclear y las maneras de abolir la guerra. El primero de estos encuentros tuvo lugar en Pugwash, Nueva Escocia, en julio de 1957. En 1955, poco antes de su fallecimiento, Einstein fue uno de los 11 científicos, 9 de ellos laureados con el Premio Nobel, que firmaron la declaración inicial, el *Manifiesto Russell-Einstein*, que llamaba a abolir no solo las armas atómicas sino también la guerra como tal, prescindiendo de las necesarias «limitaciones desagradables de la soberanía nacional».

Para Einstein, el tema de las armas atómicas estaba subordinado a los temas más amplios del militarismo y el nacionalismo. En su «Guerra atómica o paz», que incluimos aquí, escribió: «Mientras existan naciones soberanas poseedoras de un enorme poder, la guerra es inevitable. Esto no es un intento de decir cuándo va a suceder, sino tan solo que sucederá seguramente. Esto era válido antes de que se hiciera la bomba atómica. Lo que ha cambiado es la capacidad destructiva de la guerra». Einstein confiaba en que la creciente amenaza de las armas atómicas pudiera contribuir a que se alcan-

zara su objetivo mayor, el de la creación de una autoridad supranacional, y deseaba que el «secreto» de la bomba atómica estuviese monopolizado por una autoridad así (ver «Un mensaje a los intelectuales»).

Einstein deseaba que el gobierno de los Estados Unidos accediera a crear una autoridad supranacional sobre las armas atómicas. No propugnaba un desarme nuclear unilateral por parte de los Estados Unidos, pero deseaba que este país renunciara al uso de las armas atómicas hasta tanto no se creara una autoridad supranacional o se llegara a establecer un control supranacional.

Aunque es posible que, de no ser por las exhortaciones de Einstein, la prosecución en serio de un programa de armamentos atómicos en los Estados Unidos podría haberse retardado, con frecuencia se ha exagerado el impacto de sus cartas a Roosevelt. El Proyecto Manhattan, un trabajo en gran escala, coordinado, sobre armas atómicas, no había comenzado hasta 1941, y las agencias de seguridad estadounidenses pusieron al propio Einstein en la lista negra en cuanto a la participación en el proyecto. Si bien durante los años de la guerra hizo algún trabajo consultivo para la Marina de Guerra de los Estados Unidos sobre explosivos de alta potencia, este trabajo no estuvo relacionado con armas atómicas. No es cierta la muy difundida opinión de que las investigaciones científicas de Einstein hayan conducido al desarrollo de armas atómicas o hayan constituido su fundamento (ver «Sobre la eliminación de la amenaza de guerra»).

El 12 de febrero de 1950 compareció en un programa de la cadena NBC titulado *Hoy con la Sra. Roosevelt*, donde se debatía sobre los planes del gobierno estadounidense para la fabricación de bombas de hidrógeno, mucho más potentes que las bombas de fisión que habían sido lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki. El discurso de Einstein en este programa, incluido aquí con el título de «La seguridad nacional», vigoroso en sumo grado, advertía que la «idea de alcanzar la seguridad por medio del armamento nacional es [...] una desastrosa ilusión», que la carrera armamentista entre los Estados Unidos y la Unión Soviética había asumido un «carácter histérico» y que, con el advenimiento de las bombas de hidrógeno,

«el envenenamiento radioactivo de la atmósfera y, por lo tanto, la aniquilación de toda la vida sobre la Tierra, queda dentro del rango de posibilidades técnicas».

Cuarta parte: *Derechos humanos y derechos civiles*

Las agencias de seguridad estadounidenses supervisaron las actividades de Einstein desde su arribo en 1933 hasta su muerte. Einstein era muy franco en su apoyo a los derechos de los ciudadanos afroamericanos (ver «Minorías» y «La cuestión negra»), y esto, unido a su pacifismo, internacionalismo, socialismo y ascendencia judía, lo convertía en subversivo a los ojos de las agencias de seguridad estadounidenses. Entre otros actos de solidaridad, ingresó en la comisión de defensa de los nueve «Chicos de Scottsboro», acusados falsamente de violación; habló en la Universidad Lincoln (para negros); aceptó el ofrecimiento del famoso cantante y socialista Paul Robeson para compartir con él la presidencia de la American Crusade to End Lynching (Cruzada estadounidense para poner fin a los linchamientos) y, en 1952, invitó al propio Robeson a que lo visitara (para entonces, ya Robeson estaba señalado por el macartismo como uno de sus principales objetivos, y apoyó a la National Association for the Advancement of Colored People (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color).

A finales de 1932, después de haber recibido numerosas e infundadas quejas por parte de la ultraderechista Woman Patriot Corporation (Corporación Patriótica de Mujeres) y su presidenta, la Sra. Randolph Frothingham, el Departamento de Estado de los Estados Unidos quiso bloquear la visa de Einstein. Ni siquiera Stalin, insistía la Sra. Frothingham, estaba afiliado a tantos grupos anarco-comunistas como Einstein. Por miedo al ridículo, y para evitar una condena por haber bloqueado la visita de Einstein, el Departamento de Estado le extendió la visa. Sin embargo, el FBI, con generoso apoyo de otras numerosas agencias gubernamentales, siguió supervisándolo, y su

expediente sobre Einstein creció hasta sobrepasar las 1 800 páginas, que relacionaban docenas de organizaciones «subversivas» que el científico apoyaba y en las que, en algunos casos, ingresó.

Einstein se pronunciaba contra las prohibiciones de que científicos «subversivos» (y otros) visitaran los Estados Unidos; exigía clemencia para Julius y Ethel Rosenberg, finalmente ejecutados como espías en 1953; protestaba contra el arresto de líderes del Partido Comunista en los Estados Unidos (ver «Derechos humanos»). Su correspondencia era supervisada; su teléfono, intervenido; su casa y oficina, sometidas a registros; hasta su basura era examinada.

Los comentarios de Einstein en el programa de la NBC *Hoy con la Sra. Roosevelt* (1950) atrajeron no solo los titulares de la prensa, sino también la atención del director del FBI, J. Edgar Hoover, quien se apresuró a enviar un memorando a sus oficinas en todo el país solicitando cuanta información «denigratoria» sobre Einstein hubiera. Pocos días después, Hoover recibió una amplia recopilación de documentos donde se relacionaban las organizaciones «subversivas» a las que Einstein supuestamente se había incorporado o había brindado su apoyo. Sin embargo, vincular públicamente a Einstein con tales organizaciones, más que agraviar al científico, probablemente elevaría el perfil y la popularidad de las mismas.

Durante los años siguientes se hizo un esfuerzo sostenido por vincular a Einstein con el espionaje soviético. Jerome explica:

> En el caso de Einstein [...] a Hoover no le faltaron pistas. En 1950, en los primeros meses de la cacería de espías, a la jefatura del FBI llegó un torrente de acusaciones que vinculaban a Einstein con operaciones de espionaje soviéticas. Y aunque las acusaciones no constituyen pruebas, si se hubiera tratado de cualquiera que no fuese Einstein, el jefe del FBI lo hubiera citado y hecho interrogar por comisiones del Congreso. Pero Einstein gozaba de demasiado apoyo y simpatía internacionales...

Tan nerviosas tenía Einstein a las agencias de seguridad, que hicieron todo lo posible para evitar que sus investigaciones sobre él

fueran del dominio público. Se buscaba todo tipo de datos, por débiles que fuesen, que pudiesen vincular a Einstein con los soviéticos, pero nada pudo ser corroborado.

El macartismo acumulaba fuerzas y, como escribe Jerome:

> A finales de 1952, después de 20 años, con la llegada de Eisenhower al poder, los republicanos volvieron a la Casa Blanca, y todo apuntaba a un período aun más conservador y anticomunista. Joe McCarthy era el hombre que más publicidad recibía en todo el país, y parecía que nada iba a detener su carrera hacia el poder; ¿quién podría predecir hasta dónde llegaría? Más de 100 miembros del Partido Comunista de los Estados Unidos estaban encarcelados debido a la Ley Smith, y muchos Estados hacían cumplir sus propias leyes anticomunistas y antisubversivas.

En 1953 Einstein otra vez era noticia de primera plana por exhortar públicamente a la gente a que se negara a testificar ante la House Committee on Un-American Activities (Comisión de Actividades Antinorteamericanas de la Cámara de Representantes). Había escrito una carta (publicada por vez primera en *New York Times* el 12 de junio de 1953 e incluida aquí como «Métodos modernos de Inquisición») a William Frauenglass, maestro de escuela secundaria en Brooklyn. Frauenglass había sido citado a testificar ante una subcomisión del Senado, pero se negó a comparecer. La carta de Einstein atacaba a los «políticos reaccionarios [que] se las han arreglado para sembrar sospechas en el público sobre todos los esfuerzos intelectuales, agitando ante sus ojos un peligro desde el exterior». Los acusaba de obrar para «suprimir la libertad de enseñanza y privar de sus puestos a todos aquellos que han demostrado no ser sumisos...». Sostenía que los intelectuales debían negarse a testificar ante el creciente número de comisiones políticas diseñadas para erradicar a los llamados subversivos.

La carta de Einstein provocó una furiosa reacción de McCarthy y también de los medios liberales y conservadores. Tampoco su posición era sin riesgos, como lo explica Fred Jerome:

> Por difícil que resulte hoy imaginar que el Gobierno de los Estados Unidos tan solo pensara encarcelar al científico más famoso del mundo (a los 73 años de edad y con precaria salud), tales temores no eran irracionales. Las reiteradas [amenazas de Hoover de internar] a los comunistas en campamentos de detención en caso de guerra habían constituido noticias de primera plana en todo el país. Y recuérdese que solo dos años antes W.E.B. Du Bois, historiador mundialmente famoso, fue detenido y llevado al tribunal esposado —a la edad de 83 años.

Quinta parte: *Los judíos y el humanismo*

La lucha contra el macartismo fue una de las últimas de Einstein; la libró vigorosamente, con coraje y algún éxito.

En sus años juveniles Einstein no se identificaba como judío. Esto nació y se acrecentó debido al cada vez más virulento antisemitismo del que fue testigo (y que también padeció en carne propia) al regresar a Alemania en 1914. Se identificaba con los judíos no como grupo religioso sino cultural, con una historia compartida y un compromiso común con la justicia social y el desarrollo intelectual (la fundación de una universidad hebrea en Jerusalén fue una de sus causas especiales). En «El llamado a los judíos» y «El objetivo de la existencia humana», Einstein ahonda en las tradiciones judías de humanismo y espiritualismo, reflejando una cosmovisión verdaderamente inclusiva: «debemos estar conscientes de que estos valores espirituales son y seguirán siendo la meta común de toda la humanidad».

Aquí se incluyen dos ensayos de Einstein sobre el Ghetto de Varsovia: «A los héroes de la batalla del Ghetto de Varsovia» y «Ante el Monumento a los judíos mártires del Ghetto de Varsovia». En el primero, escrito en plena Segunda Guerra Mundial y dedicado a los combatientes de la resistencia judía del ghetto, Einstein escribe: «[Los judíos] luchamos por estar unidos en el sufrimiento y en el esfuerzo por alcanzar una sociedad humana mejor».

En respuesta al creciente antisemitismo que siguió a la Primera Guerra Mundial, Einstein devino enérgico partidario del sionismo. Esperaba que el asentamiento de los judíos en Palestina los liberara de la persecución y propiciara un florecimiento de la cultura judía (para el beneficio tanto de los judíos como de quienes no lo fueran). No era partidario de un Estado judío separado pues creía que era innecesario y se oponía al nacionalismo en general. Como escribió en «Nuestro deber con el sionismo», lo que deseaba era una coexistencia pacífica (y un poder político compartido) de judíos y árabes en Palestina. En «Los judíos de Israel», que se incluye aquí, Einstein atribuye una gran parte de la culpa en el fracaso de los esfuerzos por alcanzar una coexistencia pacífica de árabes y judíos en una Palestina no dividida a la táctica de divide y vencerás del Poder del Mandato Británico.

Antes y durante la Segunda Guerra Mundial, Einstein invirtió mucho tiempo y energía ayudando a los judíos que huían del nazismo, y aunque la creación de un Estado judío no era de su preferencia, apoyó al Estado de Israel una vez formado. El destino de los judíos bajo el fascismo fue significativo en la formación de esta opinión; como plantea en «Vencimos en la guerra pero no hay paz», que se incluye aquí, los judíos, «con sus seis millones de muertos y muy a pesar suyo, se han visto empujados a la cabeza de la cola, la cola de las víctimas de los nazis».

Sexta parte: *Capitalismo y socialismo*

Einstein era defensor consecuente de una mayor regulación de la industria. En sus años en Berlín se expresaba a favor de una posición liberal-reformista partidaria de una mayor regulación estatal de la industria; más tarde se manifestó a favor de una economía planificada, socialista.

A medida que pasaban los años, Einstein se volvía cada vez más partidario del socialismo… y más crítico del estalinismo. Su opinión

sobre la Unión Soviética varió, llegando en ocasiones a afirmar que en el experimento soviético el «jurado» estaba aun ausente. Nunca visitó la Unión Soviética, en parte por la posibilidad de que sus anfitriones utilizaran su visita para obtener ventajas políticas.

El artículo de Einstein «¿Por qué el socialismo?» (1949), publicado en el primer número de la revista marxista *Monthly Review* y aquí incluido, es su pronunciamiento más explícito a favor de una economía socialista. Denunciaba la «anarquía económica» y el «agobiante egocentrismo» del capitalismo, sosteniendo que la naturaleza «depredadora» de la competencia capitalista conduce al desempleo, a la pobreza, a las recesiones económicas y a la enajenación del individuo, y que la propiedad privada sobre los medios de producción da por resultado «una oligarquía del capital privado, cuyo enorme poder no puede controlarse con eficacia ni siquiera por una sociedad política democráticamente organizada». Einstein estaba «convencido de que existe una sola manera de eliminar estos graves males, y esta es por medio del establecimiento de una economía socialista, acompañada de un sistema educacional orientado hacia metas sociales. En una economía así, los medios de producción pertenecen a la sociedad como tal y se utilizan de modo planificado».

Las convicciones pacifistas de Einstein no se ajustaban con facilidad a los puntos de vista marxistas sobre la necesidad del derrocamiento revolucionario de la burguesía. Además, estaba seriamente preocupado por la burocracia y el autoritarismo político; terminó «¿Por qué el socialismo?» con estas palabras:

> Para alcanzar el socialismo es necesario que se resuelvan algunos problemas sociopolíticos extremadamente difíciles: ¿cómo es posible, en vista de la trascendental centralización del poder político y económico, impedir que la burocracia se vuelva omnipotente y soberbia? ¿Cómo es posible proteger los derechos del individuo y, por lo tanto, garantizar un contrapeso democrático al poder de la burocracia?

Como complemento a «¿Por qué el socialismo?» incluimos un artículo anterior de Einstein en el que expresa puntos de vista diferentes. En «Reflexiones sobre la crisis económica mundial», escrito a inicios de la década de 1930, Einstein plantea la posibilidad de una economía completamente planificada como el «método lógicamente más simple, pero también el más atrevido» de enfrentar las crisis económicas. Sostenía que esto dependería en gran medida del resultado del experimento forzado de la economía planificada en Rusia, y que sería osado llegar a firmes conclusiones sobre ese experimento. Manifestaba preferencia por hacer reformas al sistema capitalista en lugar de reemplazarlo por una economía planificada, insistiendo en que se acortara el horario laboral para eliminar el desempleo y en que se fijaran salarios mínimos para asegurar que el poder adquisitivo marchara al mismo paso de la producción.

Einstein, que insistía en el papel de los individuos en la modelación de la sociedad y que siempre estaba alerta ante el lado más oscuro de la naturaleza humana, también describió, en «Sobre la riqueza» (aquí incluido), algunos de sus sentimientos personales con respecto al capitalismo: «El dinero solo llama a egoísmo e inevitablemente provoca abusos. ¿Puede alguien imaginar a Moisés, a Jesús o a Gandhi con los sacos de dinero de Carnegie?».

La firme defensa por parte de Einstein de la idea de una autoridad supranacional se vinculaba a sus puntos de vista socialistas, y aunque en sentido general consideraba que el capitalismo era la causa principal de las desigualdades e injusticias económicas (internas), identificaba la división del mundo en Estados-nación rivales como la causa principal de la guerra.

En cuanto al problema de la ciencia en la sociedad, Einstein no era más dado al determinismo tecnológico que al triunfalismo capitalista. En rasgos generales su posición planteaba que la investigación científica y la tecnología podrían ser de enorme beneficio para la humanidad, pero que en un contexto social erróneo esta esperanza jamás se alcanzaría. En «Ciencia y sociedad» (que se incluye aquí) Einstein sostenía que el desarrollo tecnológico era una causa im-

portante del desempleo y de las crisis periódicas en los sistemas económicos capitalistas; lamentaba el uso de la ciencia y los científicos para mejorar los medios bélicos y afirmaba que las armas modernas, unidas a los medios masivos de comunicación, «han hecho posible que se esclavice cuerpo y alma por una autoridad central». En muchas ocasiones Einstein instó a los científicos a considerar detenidamente las implicaciones sociales y morales de su trabajo.

Jim Green, abril de 2003

Cronología

1879: Nace el 14 de marzo en Ulm, Alemania; crece en Munich.

1894: Los Einstein se trasladan de Munich a Italia. Albert los sigue después de dejar el Luitpold Gymnasium.

1895: Fracasa en los exámenes de ingreso al Instituto Federal de Tecnología (FIT) en Zurich. Opta por asistir a una escuela secundaria en Aarau, Suiza.

1896: Se gradúa de la escuela y matricula en el FIT un curso de cuatro años para futuros maestros de ciencias. Renuncia a la ciudadanía alemana (probablemente para evitar el servicio militar).

1900: Se gradúa del FIT como maestro de matemática y física, pero no logra conseguir un empleo allí. Entre 1900 y 1902 tiene varios empleos temporales como maestro y hace varios intentos infructuosos por conseguir un trabajo permanente de investigación y enseñanza.

1901: Se hace ciudadano suizo. Aparece su primer trabajo científico, publicado en *Annalen der Physik*. Comienza a trabajar en una tesis doctoral en la Universidad de Zurich, pero se va a comienzos de 1902.

1902: Empleo provisional como experto técnico de tercera clase en la Oficina de patentes suiza, en Berna.

1903: Se casa con la serbio-húngara Mileva Maric, compañera de clases en el FIT. El año anterior Mileva había dado a luz una

hija de ambos: Lieserl, de quien se sabe poco. Mileva y Albert tuvieron otros dos hijos: Hans Albert, en 1904, y Eduard, en 1910.

1905: Publica trabajos sobre la relatividad, el efecto fotoeléctrico (cuantos de luz) y el movimiento browniano, en *Annalen der Physik*. Obtiene un doctorado en la Universidad de Zurich por su tesis sobre la determinación de las dimensiones moleculares.

1909: Deja la Oficina de patentes suiza, en Berna, para trabajar como profesor de física teórica en la Universidad de Zurich.

1911-1912: Trabaja como profesor de física teórica en la universidad germanoparlante Karl Ferdinand, de Praga.

1912-1914: Trabaja como profesor de física teórica en el FIT de Zurich.

1914: Se traslada a Berlín para ocupar los cargos de investigador en la Academia de Ciencias de Prusia y de profesor en la Universidad de Berlín. Albert y Mileva se separan; ella regresa a Zurich con sus dos hijos. Einstein firma el *Manifiesto a los europeos*, distanciándose del militarismo alemán. Durante la Primera Guerra Mundial se vincula a, o apoya, iniciativas y organizaciones pacifistas. Durante los años de la guerra, publica trabajos sobre la Teoría general de la relatividad.

1917: Ocupa el cargo de Director de física en el Instituto Kaiser Wilhelm, de Berlín, conservando otras posiciones académicas.

1919: Se divorcia de Mileva Maric. Se casa con su prima Elsa Löwenthal, quien tiene dos hijas adultas de un matrimonio anterior; Ilse y Margot. Un eclipse solar sirve de evidencia a favor de la Teoría general de relatividad (la flexión de la luz debida al campo gravitacional del Sol), lo que marca el ascenso de Einstein a la fama pública. Aunque la ciencia sigue siendo su objetivo primordial, hace muchas declaraciones y, durante

el período entre las dos guerras, se ve envuelto en muchas actividades políticas, sobre todo aquellas relacionadas con el pacifismo, el sionismo y la defensa del desarme nacional en relación con la creación de una autoridad supranacional.

1919-1932: Viaja a numerosos países de Europa y Sudamérica, así como a Japón, China, los Estados Unidos y Palestina.

1922: Recibe el Premio Nobel de Física correspondiente a 1921 «por sus servicios a la Física teórica y, en especial, por su descubrimiento de la ley del efecto fotoeléctrico».

1930-1933: Visita varias veces los Estados Unidos (principalmente el Instituto de Tecnología, en California) y el Reino Unido.

1933: Albert y Elsa están en los Estados Unidos cuando Hitler se convierte en canciller de Alemania. Los Einstein viajan a Europa pero, en vez de regresar a Berlín, se trasladan a los Estados Unidos, donde Albert empieza a trabajar en el Institute for Advanced Study, en Princeton, Nueva Jersey. Einstein nuevamente renuncia a la ciudadanía alemana.

1935: Viaja por mar a Bermudas para obtener el estatus de inmigrante al regresar a los Estados Unidos (es su último viaje fuera de este país). Obtiene así la residencia permanente en los Estados Unidos.

1936: Elsa muere tras una breve enfermedad.

1939: Einstein escribe la primera de una serie de cartas al presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, advirtiéndole sobre la posibilidad de que Alemania estuviera fabricando una bomba atómica e instándolo a que los Estados Unidos inicie trabajos de investigación sobre las armas atómicas.

1940: Adopta la ciudadanía estadounidense, manteniendo la suiza.

1945: Se retira oficialmente del Institute for Advanced Study, de Princeton, pero mantiene vínculos con esta institución y prosigue sus investigaciones.

1946: Es nombrado presidente de la recién formada Comisión de Emergencia de Científicos Atómicos. En esta, su última década, desarrolla muchas actividades políticas: pacifistas, de apoyo al establecimiento de una autoridad supranacional, a los judíos y al sionismo, contra el militarismo y el racismo, así como contra el macartismo en los Estados Unidos.

1952: Se le ofrece la presidencia de Israel, pero declina la proposición.

1955: Muere el 18 de abril en Princeton, como consecuencia de la ruptura de un aneurisma de la aorta que padecía desde hacía mucho tiempo.

Primera parte:
Pacifismo, nacionalismo, militarismo y fascismo

El problema pacifista

Damas y caballeros:

Me complace mucho esta oportunidad de dirigirles algunas palabras sobre el problema del pacifismo. El desarrollo de los acontecimientos en los últimos años nos mostró una vez más cuán poco se justifica el que hayamos dejado a los gobiernos la lucha contra los armamentos y contra el espíritu belicista. Por otra parte, la formación de grandes organizaciones con numerosa membresía puede, por sí sola, hacer muy poco para conducirnos hasta nuestra meta. En mi opinión, el mejor método en este caso es el violento: la objeción de conciencia, a la que pueden ayudar las organizaciones que dan apoyo moral y material a los valientes que en cada país la practiquen. De esta manera podemos obtener éxito, agudizando el problema del pacifismo, convirtiéndolo en una verdadera lucha a la que se verán atraídos los fuertes de espíritu. Es una lucha ilegal, pero es una lucha por los derechos verdaderos de los pueblos contra sus gobiernos, ya que estos exigen de sus ciudadanos acciones criminales.

Muchos de quienes se creen buenos pacifistas se burlarán, por razones patrióticas, de este pacifismo total. Tales personas no son de

fiar a la hora de las crisis, y esto lo demostró con creces la Primera Guerra Mundial.

Les agradezco sobremanera la oportunidad de explicar personalmente mis puntos de vista.

(Publicado por primera vez en 1934)

El mundo como yo lo veo

¡Qué extraños somos los mortales! Cada uno de nosotros está aquí por una breve temporada, sin saber con qué propósito, aunque a veces cree sentirlo. Pero, sin reflexionarlo mucho, la vida diaria nos enseña que existimos para otras personas, ante todo para aquellos de cuyas sonrisas y bienestar depende por completo nuestra propia felicidad, y luego para muchos que nos son desconocidos, a cuyos destinos nos unen los lazos de la simpatía. Todos los días me recuerdo cientos de veces a mí mismo que mis vidas interior y exterior se basan en el trabajo de otros hombres, vivos y muertos, y que debo esforzarme por dar en la misma medida en que he recibido y sigo recibiendo. Prefiero, con mucho, llevar una vida frugal, y a veces me oprime la conciencia de que estoy haciendo recaer sobre mis semejantes una cantidad indebida de trabajo. Considero que las distinciones sociales son injustificadas y, en última instancia, se basan en la fuerza. Creo también que una vida simple y sin pretensiones es buena para cualquiera, tanto física como mentalmente.

No creo en la libertad humana en el sentido filosófico. Todos actúan no solo por compulsión externa sino también de acuerdo con una necesidad interior. Las palabras de Schopenhauer: «El hombre puede hacer lo que quiere, pero no puede saber lo que quiere» han sido para mí una inspiración muy real desde mi juventud; han sido un continuo consuelo frente a los contratiempos de la vida, los míos propios y los de otros, y una infalible fuente de tolerancia. El comprender esto atenúa clementemente el sentido de responsabilidad, que paraliza con facilidad, y nos impide tomarnos demasiado en serio a

nosotros mismos y a los demás; conduce a un punto de vista sobre la vida que, en particular, rinde su debido tributo al humor.

Me parece que tratar de averiguar cuál es el significado o el objetivo de nuestra propia existencia o de la de todas las criaturas es absurdo desde un punto de vista objetivo. Y sin embargo todos tienen ciertos ideales que determinan la dirección de sus empeños y juicios. En este sentido nunca he buscado comodidad ni felicidad como fines en sí mismos; tal base ética es, para mí, el ideal de un chiquero. Los ideales que me han iluminado el camino, y que una y otra vez me han dado nuevo valor para enfrentar la vida con alegría, han sido la Bondad, la Belleza y la Verdad. Si no sintiera afinidad con las personas de ideas similares, si no me ocupara del mundo objetivo, eternamente inalcanzable en el campo de las artes y los esfuerzos científicos, la vida me hubiera parecido vacía. Los fines trillados de los esfuerzos humanos —posesiones, éxito aparente, lujuria— siempre me han parecido despreciables.

Mi apasionado sentimiento de justicia social y responsabilidad social extrañamente siempre ha contrastado con mi pronunciada carencia de necesidad de contacto directo con otros seres humanos y comunidades humanas. Soy un verdadero «viajero solitario» y nunca he pertenecido con todo mi corazón a mi país, mi hogar, mis amigos, ni siquiera a mi familia inmediata; ante todos estos lazos jamás he perdido un sentido de distancia y una necesidad de estar solo, sentimientos estos que se han intensificado con los años. Uno se vuelve agudamente consciente, aunque sin lamentarlo, de los límites de la comprensión mutua y la consonancia con otras personas. Sin duda, una persona así pierde algo de su inocencia y despreocupación; por otra parte, es sumamente independiente de las opiniones, hábitos y juicios de sus semejantes, y evita la tentación de edificar su equilibrio interno sobre cimientos tan inseguros.

Mi ideal político es la democracia. Que a cada persona se le respete como individuo y que no se convierta a nadie en un ídolo. Es una ironía del destino el que yo mismo haya sido objeto de excesiva admiración y reverencia por parte de otros seres humanos, sin que yo tuviera en esto arte ni parte. Es posible que la causa de esto

haya sido el deseo, inalcanzable para muchos, de comprender varias ideas que yo logré concebir por medio de incesantes esfuerzos. Me doy cuenta perfectamente de que para alcanzar el objetivo de una organización es necesario que un hombre se dedique a pensar y dirigir y, en general, a llevar la responsabilidad. Pero no debe haber coerción; las personas deben ser capaces de elegir a su líder. En mi opinión, los sistemas autocráticos de coerción degeneran pronto. Es que la fuerza atrae siempre a hombres de baja moralidad, y creo que es una ley invariable el que los tiranos geniales se ven sucedidos por bribones. Por esta razón siempre me he opuesto apasionadamente a sistemas como los que rigen ahora en Italia o en Rusia. De lo que ha desacreditado la forma de democracia tal y como existe hoy en día en Europa hay que culpar no al principio democrático como tal, sino a la ausencia de estabilidad de los gobiernos y al carácter impersonal del sistema electoral. Creo que en este sentido los Estados Unidos han encontrado el camino correcto. Tiene un Presidente electo por un período lo suficientemente largo y que posee suficientes poderes para ejercer de veras su responsabilidad. Por otra parte, lo que valoro en el sistema político alemán es su mayor preocupación por el individuo en caso de enfermedad o necesidad. A mi entender, lo realmente valioso en el gran espectáculo de la vida humana no es la condición política, sino el individuo creativo y sensible: la personalidad. Solo él crea lo noble y lo sublime, mientras que el vulgo, como tal, carece de brillo al pensar y carece de brillo al sentir.

Este tópico me lleva a lo que es el peor resultado de una vida en colectivo: el sistema militar, al que aborrezco. El que un hombre pueda encontrar placer en marchar a paso de desfile al son de una banda, me hace despreciarlo. Solo por error se le ha dado su cerebro; una médula espinal sin protección es todo cuanto necesita. Esta sucia mancha sobre la civilización debe ser abolida lo antes posible. Heroísmo bajo órdenes, violencia sin sentido, y todo ese odioso absurdo que recibe el nombre de patriotismo —¡cuán apasionadamente los odio! ¡Qué vil y despreciable me parece la guerra!—. Preferiría ser cortado en pedazos antes que participar en ese abominable asunto. Mi opinión sobre la raza humana es tan alta que creo que este en-

gendro habría desaparecido hace mucho tiempo si el sano juicio de la gente no se viera sistemáticamente corrompido por intereses políticos y comerciales que actúan a través de las escuelas y la prensa.

La experiencia más bella que podemos tener es lo misterioso. Es la emoción fundamental que constituye la fuente del verdadero arte y la verdadera ciencia. Quien no la conoce y ya no puede asombrarse, es como si estuviera muerto y sus ojos ven opaco. Fue la experiencia del misterio, aunque mezclada con el miedo, lo que engendró la religión. Un conocimiento de la existencia de algo que no podemos penetrar, nuestras percepciones de la más profunda razón y la más radiante belleza, que solo en sus formas más primitivas están al alcance de nuestras mentes, es este conocimiento y es esta emoción lo que constituye la verdadera religiosidad; en este sentido, y solo en este, soy un hombre profundamente religioso. No puedo concebir un Dios que recompense y castigue a sus criaturas o que tenga deseos similares a los que experimentamos nosotros. Tampoco puedo ni quiero concebir que un individuo sobreviva su muerte física; que las almas débiles, por miedo o por absurdo egoísmo, acaricien tales pensamientos. Me siento satisfecho con el misterio de la eternidad de la vida y con la conciencia, y con vislumbrar la maravillosa estructura del mundo existente, así como con consagrarme con devoción a comprender una porción, por diminuta que sea, de la razón que se manifiesta en la naturaleza.

(1931)

Carta a un amigo pacifista

El tema que trata usted en su carta es de suma importancia. La industria de armamentos es, desde luego, uno de los mayores peligros que amenazan al género humano. Este es el maligno poder oculto tras el nacionalismo, desenfrenado por doquier…

Es posible que algo pueda ganarse con la nacionalización. Pero es extremadamente difícil determinar con exactitud cuáles son las

industrias que hay que incluir. ¿Tal vez la industria de la aeronáutica? ¿Y qué parte de la industria metalúrgica y de la industria química?

En lo que respecta a la industria de municiones y a la exportación de material bélico, la Liga de las Naciones se ha esforzado durante años por controlar este odioso tráfico, y todos sabemos con cuán poco éxito. El año pasado pregunté a un conocido diplomático estadounidense por qué a Japón no se le obligaba por medio de un boicot comercial a desistir de su política de fuerza. «Nuestros intereses comerciales son demasiado fuertes», fue la respuesta. ¿Cómo es posible ayudar a personas que quedan satisfechas con una declaración como esta?

¿Cree usted que una palabra mía sería suficiente para lograr algo en esta esfera? ¡Qué ilusión! La gente me halaga mientras no me atravieso en su camino. Pero si dirijo mis esfuerzos hacia objetivos que no les convienen, empezarán inmediatamente a insultar y calumniar en defensa de sus intereses. Y los espectadores suelen mantenerse fuera del primer plano, ¡cobardes! ¿Ha puesto a prueba usted alguna vez el valor cívico de sus conciudadanos? El lema tácitamente aceptado es: «Déjalo y no digas nada al respecto». Puede usted estar seguro de que haré todo cuanto esté en mi poder según las pautas que me indica, pero nada puede lograrse tan directamente como usted cree.

(Publicada en 1934)

Los Estados Unidos y la Conferencia sobre el desarme de 1932

Los estadounidenses de hoy en día se sienten sumamente preocupados por las condiciones económicas en su propio país. Los esfuerzos de sus líderes responsables se dirigen primordialmente a remediar el grave desempleo en el país. El sentimiento de estar involucrados en el destino del resto del mundo, y en particular de la madre-patria Europa, es aún menos fuerte que en tiempos normales.

Pero el libre juego de fuerzas económicas por sí solo no va a resolver automáticamente estas dificultades. Se necesitan medidas reguladoras por parte de la comunidad para que se produzca una saludable distribución del trabajo y de los bienes de consumo entre los seres humanos; sin esto, la gente se asfixia incluso en el país más rico. El hecho es que la cantidad de trabajo necesario para satisfacer las necesidades de todos se ha reducido debido al mejoramiento de los métodos técnicos; y, por ende, el libre juego de fuerzas económicas ya no puede producir una situación en la que toda la fuerza de trabajo disponible pueda hallar empleo. Para que los resultados del progreso técnico sean beneficiosos para todos, se hacen cada vez más necesarias sus deliberadas regulación y organización.

Si la situación económica no puede resolverse sin una regulación sistemática, ¡cuánto más necesaria es tal regulación para tratar los problemas de la política internacional! Pocos de nosotros sustentan todavía la noción de que los actos de violencia que constituyen una guerra son ventajosos o provechosos para la humanidad como métodos de solución de los problemas internacionales. Pero no somos todavía lo suficientemente consecuentes como para hacer vigorosos esfuerzos a favor de las medidas que pudieran prevenir la guerra, ese salvaje e indigno vestigio de la era de la barbarie. Es necesario cierto poder de reflexión para ver el asunto con claridad, así como cierto coraje para servir a esta gran causa de un modo resuelto y eficaz.

Todo el que desee realmente abolir la guerra debe proclamarse decididamente a favor de que su propio país renuncie a una parte de su soberanía a favor de instituciones internacionales; ha de estar dispuesto a hacer que su propio país, en caso de disputa, acepte el fallo de un tribunal internacional. Debe, sin compromiso alguno, apoyar el desarme total, tal y como lo prevé el desventurado Tratado de Versalles. Si no se llega a abolir la educación militar y agresivamente patriótica, no podemos esperar ningún progreso.

Ningún acontecimiento de los últimos años refleja tanta vergüenza para los principales países civilizados del mundo como el fracaso, hasta ahora, de todas las conferencias sobre el desarme. Y es que

este fracaso se debe no solo a las intrigas de políticos ambiciosos e inescrupulosos, sino también a la indiferencia y el abandono del público en todos los países. Si esto no cambia, vamos a destruir todos los realmente valiosos logros de nuestros predecesores.

Creo que el pueblo norteamericano apenas se da cuenta de la responsabilidad que le atañe en este asunto.

Sin duda piensan: «Que se vaya al demonio Europa si la destruyen la belicosidad y la perversidad de sus habitantes. El buen simiente de nuestro [presidente] Wilson ha dado una cosecha bien pobre en el pétreo conjunto europeo. Somos fuertes y estamos a salvo y no tenemos apuro alguno por mezclarnos en los asuntos de otros países.»

Tal actitud no es noble ni previsora. Los Estados Unidos tiene su parte de culpa en las dificultades de Europa. Al presionar implacablemente con sus demandas, ha acelerado el declive económico y, por lo tanto, moral de Europa; ha ayudado a balcanizar Europa y, por ello, tiene su parte de responsabilidad en la decadencia de la moralidad política y en el auge de ese espíritu de venganza que se nutre de desesperación. Este espíritu no se detendrá antes de llegar a las puertas de los Estados Unidos. Por poco digo: no se ha detenido. ¡Mirad alrededor y tened cuidado!

La verdad puede decirse en pocas palabras: La Conferencia sobre el desarme es la última oportunidad, tanto para vosotros como para nosotros, de preservar lo mejor que ha producido la humanidad civilizada. Y es precisamente en vosotros, los más fuertes y, comparativamente, los más firmes, en quienes se concentran las miradas y las esperanzas de todos.

(1932)

La cuestión del desarme

El obstáculo más grande para el éxito del plan del desarme fue el hecho de que las personas, por lo general, no toman en consideración

las dificultades principales del problema. La mayoría de los objetivos se han ganado por pasos graduales: por ejemplo, el reemplazo de la monarquía absoluta por la democracia. Aquí, sin embargo, estamos ante un objetivo que no puede lograrse por pasos.

Mientras la posibilidad de la guerra persista, las naciones insistirán en estar preparadas militarmente tan perfectamente como puedan para salir triunfantes de la próxima guerra. Asimismo será imposible evitar que los jóvenes sean educados en tradiciones guerreras y que se cultive una estrecha vanidad nacional unida a la glorificación del espíritu guerrero mientras el pueblo tenga que estar preparado para las ocasiones en que tal espíritu sea necesario para los fines de la guerra. Armarse es dar la voz y hacer preparaciones para la guerra, no para la paz. Por lo tanto, los pueblos no se desarmarán por pasos; se desarmarán de una sola vez o no se desarmarán.

La realización de un cambio de tan gran alcance en la vida de las naciones presupone un poderoso esfuerzo moral, un rompimiento deliberado con una tradición profundamente arraigada. Quien no esté preparado para construir el destino de su país en caso de una disputa depende por entero de las decisiones de un tribunal internacional de arbitraje, y entrar a un tratado con este propósito no garantiza realmente evitar una guerra. Es un caso de todo o nada.

Es innegable que los esfuerzos anteriores para asegurar la paz fracasaron por aspirar a compromisos inadecuados.

El desarme y la seguridad deben ir siempre en combinación. La única garantía de seguridad es el compromiso de todas las naciones de llevar a cabo las decisiones de la autoridad internacional.

Por lo tanto, estamos en una encrucijada. Solo de nosotros mismos depende si encontramos el camino de la paz o seguimos por el viejo camino de la fuerza bruta, tan indigno de nuestra civilización. Por un lado nos llaman la libertad del individuo y la seguridad de la sociedad; por el otro nos amenazan la esclavitud para el individuo y la aniquilación de nuestra civilización. Nuestro destino depende de nuestra decisión final.

(Publicado en 1934)

Discurso en el mitin estudiantil sobre el desarme

Las generaciones anteriores nos han legado una ciencia y una tecnología altamente desarrolladas, un don de enorme valor que conlleva posibilidades para hacer nuestra vida tan libre y bella como no la ha disfrutado ninguna de las generaciones anteriores. Pero este don conlleva asimismo peligros para nuestra existencia tan grandes como ninguno de los que jamás le han amenazado.

El destino de la humanidad civilizada depende más que nunca de las fuerzas morales que es capaz de generar. Por ende, seguramente la tarea que se plantea a nuestra era no es más fácil que las tareas que llevaron a cabo con éxito nuestros predecesores inmediatos.

El suministro necesario de alimentos y bienes de consumo puede realizarse en mucho menos horas de trabajo que antes. Por otra parte, el problema de la distribución de la fuerza de trabajo y los bienes manufacturados se ha vuelto mucho más difícil. Todos sentimos que el libre juego de fuerzas económicas, la persecución no regulada ni restringida de riqueza y poder por parte del individuo, ya no conduce automáticamente a una solución tolerable de estos problemas. La producción, el trabajo y la distribución han de organizarse de acuerdo con un plan definido, para prevenir así la pérdida de valiosas energías productivas y el empobrecimiento y la desmoralización de amplios sectores de población.

Si bien el irrestricto y sacralizado egoísmo conduce a nefastas consecuencias en la vida económica, resulta peor todavía como guía en las relaciones internacionales. El desarrollo de los medios mecánicos de combate es tal que la vida humana se volverá intolerable si la gente no descubre pronto una manera de prevenir la guerra. La importancia de este objetivo solo es igualable a la insuficiencia de los intentos que se han hecho hasta ahora para alcanzarlo.

La gente trata de minimizar el peligro de la guerra por medio de la limitación de los armamentos y la imposición de leyes restrictivas para su conducción. Pero la guerra no es un juego de salón en que los jugadores se someten obedientemente a las reglas. Donde la

vida y la muerte están en juego, las leyes y las obligaciones se dejan a un lado. Solo el repudio absoluto a todo tipo de guerra puede ser aquí de alguna utilidad. La creación de un tribunal internacional de arbitraje no es suficiente. Ha de haber acuerdos que garanticen que las decisiones de ese tribunal se hagan efectivas por medio de acciones concertadas de todas las naciones. Sin tal garantía, las naciones jamás tendrán el valor de desarmarse en serio.

Supongamos, por ejemplo, que los gobiernos estadounidense, inglés, alemán y francés insisten en que el gobierno japonés ponga fin inmediato a sus operaciones bélicas en China, so pena de un boicot económico completo. ¿Podéis suponer que algún gobernante japonés se halle dispuesto a asumir la responsabilidad de arriesgar a su país en una peligrosa aventura al desafiar esta orden? Entonces, ¿por qué no se hace? ¿Por qué cada individuo y cada nación deben temblar por su existencia? Porque cada cual busca su propia miserable ventaja momentánea y se niega a subordinarla al bienestar y la prosperidad comunes.

Es por eso que he comenzado diciendo que el destino de la raza humana depende hoy más que nunca de su fuerza moral. El camino hacia una existencia alegre y feliz es en todas partes a través de la renuncia y la autolimitación.

¿De dónde puede provenir la fuerza necesaria para un proceso así? Solo de aquellos que en sus años juveniles tuvieron oportunidad de fortificar su mente y ampliar sus miras por medio de estudios. Por eso nosotros, los de la vieja generación, los miramos a ustedes y confiamos en que se esfuercen todo lo que puedan y logren aquello que a nosotros se nos ha negado.

(1930)

Sobre el servicio militar

Defiendo firmemente el principio de que una verdadera solución del problema del pacifismo solo puede lograrse por medio de la

organización de un tribunal supranacional de arbitraje, el cual, a diferencia de la actual Liga de las Naciones en Ginebra, disponga de medios para hacer cumplir sus decisiones. En pocas palabras, un tribunal internacional de justicia con una fuerza militar permanente, o mejor, una fuerza policial. Esto, de lo que estoy convencido, está magníficamente expresado en *Force*, el libro de Lord Davies, cuya lectura recomiendo con insistencia a todo aquel a quien le preocupe en serio este problema fundamental para el género humano.

Tomando como punto de partida esta convicción fundamental, defiendo toda medida que me parece capaz de acercar al género humano a esta meta. Hace algunos años la negativa de personas valientes y abnegadas a empuñar armas constituía una medida así; ya no es recomendable hacerlo, sobre todo en Europa. Cuando las Grandes Potencias tenían gobiernos casi igualmente democráticos, y cuando ninguna de esas potencias basaba sus planes futuros en una agresión militar, la negativa a hacer el servicio militar por parte de una cantidad bastante elevada de ciudadanos podía inducir a los gobiernos de esas potencias a considerar favorablemente un arbitraje legal internacional. Más aún, tales negativas eran capaces de educar a la opinión pública en el sentido del verdadero pacifismo. El público llegaba a considerar opresiva toda presión ejercida por el Estado sobre sus ciudadanos para forzarlos a cumplir sus obligaciones militares, además de considerar que tales presiones desde el punto de vista moral eran contrarias a la ética. En tales circunstancias esas negativas trabajaban para el bien supremo.

Hoy, sin embargo, tenemos que enfrentar el hecho de que Estados poderosos hacen que para sus ciudadanos sea imposible tener opiniones independientes en política e inducen a error a su propio pueblo por medio de la difusión sistemática de falsa información. Al mismo tiempo, esos Estados se convierten en una amenaza para el resto del mundo al crear organizaciones militares que abarcan por entero a su población. Esta falsa información se difunde por una prensa amordazada, un servicio de radio centralizado y una educación escolar regida por una agresiva política exterior. En

los Estados que se corresponden con esta descripción, negarse a cumplir el servicio militar implica suplicio y muerte para quienes son lo suficientemente valientes como para hacerlo. En los Estados cuyos ciudadanos todavía se aferran a algunos de sus derechos políticos, negarse a cumplir el servicio militar significa debilitar el poder de resistencia de las restantes sanas porciones del mundo civilizado.

Debido a esto, hoy en día ningún ser humano razonable estaría a favor de la negativa a cumplir el servicio militar, al menos no en Europa, que actualmente está especialmente plagada de peligros.

No creo que en las presentes circunstancias la resistencia pasiva sea un método eficaz, ni siquiera si se lleva a cabo heroicamente. A otros tiempos, otros medios; aunque la meta final siga siendo la misma.

Por lo tanto, en el presente, el pacifista convencido debe procurar un plan de acción diferente del que se aplicaba en los tiempos pasados, más pacíficos. Debe tratar de trabajar para lograr esta meta: que los Estados que están a favor del progreso pacífico se unan lo más posible entre sí para disminuir la probabilidad de que los programas guerreristas de los aventureros políticos cuyos Estados se basan en la violencia y el pillaje se lleguen a realizar. Me refiero, ante todo, a una acción conjunta bien meditada y permanente por parte de los Estados Unidos y el Imperio Británico, unidos a Francia y Rusia, siempre y cuando esto sea posible.

Quizás el presente peligro facilite tal aproximación y, de esta manera, proporcione una solución pacífica de los problemas internacionales. Este sería el aspecto esperanzador de la sombría situación actual; en esto, una acción coherente podría contribuir a orientar la opinión pública en el sentido correcto.

(1934)

Segunda parte:
Hacia un gobierno mundial

Un adiós

(carta de renuncia dirigida al secretario alemán de la Liga de las Naciones)

Estimado Sr. Dufour-Feronce:

Su amable carta no puede quedar sin respuesta ya que, de otro modo podría usted llegar a una idea errónea sobre mi actitud. Las razones para mi decisión de no ir más a Ginebra son las siguientes: por desgracia, la experiencia me ha enseñado que la Comisión [para la Cooperación Intelectual de la Liga de las Naciones], tomada como un todo, no tiene ninguna determinación seria para lograr un verdadero progreso en la tarea de mejorar las relaciones internacionales. Me parece más bien una encarnación del principio *ut aliquid fieri videatur* [urgencia por intervenir nacida de la impotencia]. En este aspecto la Comisión me parece todavía peor que la Liga en su conjunto.

Es precisamente porque deseo trabajar con todas mis fuerzas por el establecimiento de una autoridad de arbitraje y regulación internacional superior al Estado, y porque tomo muy a pecho este objetivo, que me siento obligado a dejar la comisión.

La Comisión ha dado su bendición a la opresión de las minorías culturales en todos los países, al formar en cada uno de ellos una comisión nacional, la cual hace que exista un solo canal de comunicación entre ella y los intelectuales de dicho país. De esta manera, la

Comisión ha abandonado deliberadamente su función de dar apoyo moral a las minorías nacionales en su lucha contra la opresión cultural.

Más aun, la actitud de la Comisión en el asunto de la lucha contra las tendencias chauvinistas y militaristas de la educación en los diferentes países ha sido tan poco entusiasta que no puede esperarse de ella ningún esfuerzo serio en esta vital esfera.

Invariablemente, la Comisión ha dejado de dar apoyo moral a individuos y asociaciones que se han entregado sin reservas a la tarea de trabajar por un orden internacional y contra el sistema militar.

La Comisión jamás ha hecho esfuerzo alguno por resistirse a la admisión, como miembros, de individuos que se conocen por su apoyo a tendencias muy contrarias a aquellas que debían hacer progresar.

No le molestaré con ningún otro argumento ya que estos pocos ejemplos lo harán comprender suficientemente bien mi decisión. No es asunto mío formular acusación alguna, sino solamente explicar mi posición. Si hubiera alimentado alguna esperanza, habría actuado de otra manera; de esto puede usted estar seguro.

(1923)

Carta abierta a la Asamblea General de las Naciones Unidas

Estamos en una situación en la que cada ciudadano de cada país, sus hijos y el trabajo de su vida se ven amenazados por la terrible inseguridad que reina hoy en día en el mundo. El progreso del desarrollo tecnológico no ha aumentado la estabilidad y el bienestar de la humanidad. Debido a nuestra incapacidad para resolver el problema de la organización internacional, esta contribuye de hecho a los peligros que amenazan la paz y la existencia misma del género humano.

Los delegados de 55 gobiernos, al reunirse en la segunda Asamblea General de las Naciones Unidas, sin duda alguna tendrán presente el hecho de que durante los últimos dos años —desde la victoria sobre las potencias del Eje— no se ha logrado ningún progreso significativo para la prevención de la guerra o para llegar a un acuerdo en esferas específicas tales como el control de la energía atómica y la cooperación económica en la reconstrucción de las áreas devastadas por la guerra.

No se puede culpar a las Naciones Unidas por estos fracasos. Ninguna organización internacional puede ser más fuerte que los poderes constitucionales que se le otorgan, o que lo que desean sus partes integrantes. De hecho, las Naciones Unidas constituye una institución extremadamente importante y útil siempre y cuando los pueblos y gobiernos del mundo comprendan que es meramente un sistema transitorio hacia la meta global, que es el establecimiento de una autoridad supranacional investida con suficientes poderes legislativos y ejecutivos como para preservar la paz. El callejón sin salida actual se debe al hecho de que no existe una autoridad supranacional suficiente y confiable. Por lo tanto, los jefes de todos los gobiernos están obligados a actuar suponiendo la posibilidad de una eventual guerra. Cada paso motivado por esta suposición contribuye al miedo y a la desconfianza generales y acelera la catástrofe final. Por fuertes que puedan ser los armamentos nacionales, no crean la seguridad militar para ninguna nación ni garantizan la preservación de la paz.

No puede haber un consenso pleno sobre el control internacional y la administración de la energía atómica o sobre el desarme general hasta que se modifique el concepto tradicional de la soberanía nacional. Mientras la energía atómica y los armamentos sean considerados una parte vital de la seguridad nacional, ninguna nación contribuirá a los tratados internacionales más que de dientes para afuera. La seguridad es indivisible. Solo se podrá alcanzar cuando en todas partes se obtengan las necesarias garantías legales y ejecutivas, de modo que la seguridad militar ya no siga siendo el problema de ningún Estado en particular. No hay posibilidad de compromiso alguno

entre la preparación para la guerra, por un lado, y la preparación de una sociedad mundial basada en la ley y el orden, por el otro.

Cada ciudadano debe tomar una decisión. Si acepta la premisa de la guerra, debe conformarse con la permanencia de tropas en áreas estratégicas como Austria y Corea, con el envío de tropas a Grecia y Bulgaria, con la acumulación de reservas de uranio por cualesquiera medios, con el entrenamiento militar universal, con la limitación progresiva de las libertades civiles. Por encima de todo ha de tolerar las consecuencias del secreto militar, que es uno de los peores azotes de nuestro tiempo y uno de los mayores obstáculos al perfeccionamiento cultural. Si, por otra parte, cada ciudadano comprende que la única garantía para la seguridad y la paz en esta era atómica es el constante desarrollo de un gobierno supranacional, entonces deseará hacer cualquier cosa que esté en su poder para fortalecer las Naciones Unidas. Me parece que cada ciudadano razonable y responsable de este mundo debe saber cuál ha de ser su elección.

Sin embargo, el mundo entero se halla en un círculo vicioso, pues las autoridades de las Naciones Unidas no parecen ser capaces de tomar una decisión en este sentido. Tanto el bloque oriental como el occidental desesperadamente intentan fortalecer sus respectivas posiciones de fuerza. El universal entrenamiento militar, las tropas rusas en la Europa oriental, el control estadounidense sobre las islas del Pacífico, incluso la inflexible política colonial de Holanda, Gran Bretaña y Francia, los secretos atómicos y militares, todo esto forma parte de la vieja y conocida disputa por posiciones.

Ha llegado la hora de que las Naciones Unidas fortalezca con decisiones audaces su autoridad moral. En primer lugar, la autoridad de la Asamblea General puede ser aumentada de modo que se le subordinen tanto el Consejo de Seguridad como todas las demás dependencias de las Naciones Unidas. Mientras exista un conflicto de autoridad entre la Asamblea y el Consejo de Seguridad, la eficacia de toda la institución quedará necesariamente perjudicada.

En segundo lugar, hay que modificar considerablemente el método de representación en las Naciones Unidas. El método actual de selección por designación gubernamental no deja ninguna ver-

dadera libertad al designado. Más aun, la selección por los gobiernos no puede dar a los pueblos del mundo el sentimiento de estar representados de una manera justa y proporcional. La autoridad moral de las Naciones Unidas mejorará considerablemente si los delegados son elegidos directamente por el pueblo. Si fuesen responsables ante un electorado, tendrían una libertad mucho mayor para obedecer a su conciencia. Así podríamos tener la esperanza de tener más estadistas y menos diplomáticos.

En tercer lugar, la Asamblea General deberá permanecer en sesión durante el crítico período de transición. Al mantenerse permanentemente en funciones, la Asamblea podrá llevar a cabo dos tareas de importancia primordial: primero, podrá tomar la iniciativa en el establecimiento de un orden supranacional; segundo, podrá dar rápidos y eficaces pasos en todas las áreas peligrosas (como las que suelen existir en la frontera griega) que ponen en peligro la paz.

En vista de estas importantes tareas, la Asamblea no habrá de delegar sus poderes en el Consejo de Seguridad, sobre todo mientras este organismo se vea amenazado por el abuso del derecho al veto. Como el único organismo competente para tomar la iniciativa de una manera audaz y resuelta, las Naciones Unidas debe actuar con la mayor premura para crear las condiciones necesarias para la seguridad internacional, sentando las bases para un verdadero gobierno mundial.

Desde luego, habrá oposición. No podría afirmarse que la Unión Soviética, que con frecuencia se presenta como el mayor opositor a la idea de un gobierno mundial, mantenga su oposición si se hace una propuesta equitativa que ofrezca esperanzas de una verdadera seguridad. Incluso aunque la Unión Soviética ahora se opone a la idea de un gobierno mundial, una vez que se convenza de que tal gobierno, sin embargo, se está creando, toda su actitud puede cambiar. Entonces puede que insista solamente en las garantías necesarias de igualdad ante la Ley, en vez de verse continuamente en minoría en el actual Consejo de Seguridad.

Sin embargo, debemos tener en cuenta la posibilidad de que, a pesar de todos los esfuerzos, la Unión Soviética y sus aliados pue-

den, de todos modos, considerar aconsejable mantenerse fuera de tal gobierno mundial. En este caso, y solo después de que se hagan con la mayor franqueza todos los esfuerzos por obtener la cooperación de Rusia y de sus aliados, los demás países deberán actuar solos. Es de la mayor importancia que este gobierno mundial parcial sea muy fuerte, y que abarque al menos dos tercios de las principales áreas industriales y económicas del mundo. Esta fuerza ya de por sí podrá hacer posible que el gobierno mundial parcial abandone los secretos militares y todas las demás prácticas nacidas de la inseguridad.

Tal gobierno mundial parcial deberá dejar claro desde el principio que sus puertas permanecen abiertas para que cualquier país que no sea miembro, sobre todo Rusia, coopere en condiciones de completa igualdad. En mi opinión, el gobierno mundial parcial ha de aceptar la presencia de observadores por parte de los países que no sean miembros en todas sus reuniones y convenciones constitucionales.

Para alcanzar el objetivo final, que es un mundo único y no dos mundos hostiles, tal gobierno mundial parcial do debe nunca actuar como una alianza contra el resto del mundo. El único paso real hacia un gobierno mundial es el propio gobierno mundial.

En un gobierno mundial, las diferencias ideológicas entre sus diversas partes componentes carecen de graves consecuencias. Estoy convencido de que las actuales dificultades entre los Estados Unidos y la Unión Soviética no se deben en su mayor parte a las diferencias ideológicas. Desde luego, estas diferencias ideológicas constituyen un elemento que contribuye a la seria tensión ya existente. Pero estoy convencido de que, incluso si los Estados Unidos y Rusia fuesen ambos países capitalistas —o comunistas, o monárquicos, para el caso es lo mismo—, sus rivalidades, intereses en conflicto y celos serían similares a los que existen hoy entre ambos países.

Las Naciones Unidas de hoy y el gobierno mundial que habrá en un futuro deben servir a un solo objetivo final: la garantía de seguridad, tranquilidad y bienestar de todo el género humano.

(1947)

Tercera parte:
Armas de destrucción masiva

Carta al presidente Roosevelt sobre las armas atómicas

F.D. Roosevelt
Presidente de los Estados Unidos
Casa Blanca
Washington, D.C.
2 de agosto de 1939

Señor:

Un trabajo reciente de E. Fermi y L. Szilard, que me ha sido comunicado en manuscrito, me hace esperar que el elemento uranio puede, en el futuro inmediato, convertirse en una nueva e importante fuente de energía.

Me parece que algunos aspectos de la situación que se ha producido exigen vigilancia y, en caso de necesidad, una rápida acción por parte de la Administración [de los estados Unidos]. Creo, por lo tanto, que es mi deber llamar su atención sobre los siguientes hechos y recomendaciones:

En el transcurso de los últimos cuatro meses, gracias al trabajo de Joliot en Francia, así como al de Fermi y Szilard en los Estados Unidos, se ha creado la probabilidad de que pueda producirse una

reacción nuclear en cadena en una gran masa de uranio, la cual generaría enormes cantidades de energía y un gran número de nuevos elementos similares al radio. Ahora parece casi seguro que esto se podrá lograr en el futuro inmediato.

Este nuevo fenómeno podría conducir también a la construcción de bombas, y es concebible —aunque mucho menos seguro— que, por lo tanto, se fabriquen bombas extremadamente poderosas de un nuevo tipo. Una sola bomba de esta clase, si se lleva en una embarcación y se hace explotar en un puerto, perfectamente podría destruir el puerto entero junto con una parte del territorio circundante. Sin embargo, es muy posible que tales bombas resulten ser demasiado pesadas para transportarlas por aire.

Los Estados Unidos solo posee minas de uranio muy pobres, y solo en cantidades moderadas. Hay algunas minas de uranio en Canadá y en la antigua Checoslovaquia, aunque la fuente más importante está en el Congo Belga.

En vista de la situación, puede usted pensar que es deseable mantener un mayor contacto entre la Administración y el grupo de físicos que en los Estados Unidos trabajan en el tema de las reacciones en cadena. Una vía posible para lograrlo podría ser que usted encomiende esta tarea a una persona que sea de su confianza y que tal vez pueda servirle en calidad no oficial. Su tarea podría comprender lo siguiente:

a) acercarse a los departamentos gubernamentales, mantenerlos informados sobre los desarrollos futuros y hacer recomendaciones para la acción por parte del gobierno, prestando una atención especial al problema de asegurar el suministro de uranio a los Estados Unidos;

b) acelerar el trabajo experimental, que en el presente se lleva a cabo dentro de los límites de los presupuestos de los laboratorios universitarios, proveyendo fondos si estos son necesarios, a través de sus contactos con particulares que deseen contribuir a esta causa y tal vez también buscando la cooperación de laboratorios industriales que tengan las instalaciones necesarias.

Tengo entendido que realmente Alemania ha detenido la venta de uranio proveniente de las minas de Checoslovaquia de las cuales se ha apoderado. El hecho de que haya emprendido esa acción tan temprana, pueda tal vez comprenderse a la luz de que el hijo del subsecretario de Estado alemán, von Weisäcker, está relacionado con el Instituto Kaiser Wilhelm, en Berlín, donde actualmente se están reproduciendo algunos trabajos estadounidenses con el uranio.

Muy atentamente,

Albert Einstein
(1939)

Guerra atómica o paz

La liberación de la energía atómica no ha creado un nuevo problema. Tan solo ha vuelto más urgente la necesidad de resolver uno ya existente. Podría decirse que nos afecta cuantitativamente, no cualitativamente. Mientras existan naciones soberanas poseedoras de un enorme poder, la guerra es inevitable. Esto no es un intento de decir cuándo va a suceder, sino tan solo que seguramente sucederá. Esto era válido antes de que se hiciera la bomba atómica. Lo que ha cambiado es la capacidad destructiva de la guerra.

No creo que la civilización desaparezca debido a una guerra atómica. Es posible que dos tercios de la población de la Tierra resulten muertos. Pero quedarían bastantes hombres capaces de pensar y bastantes libros, y la civilización podría renacer.

No creo que el secreto de la bomba deba entregarse a las Naciones Unidas. No creo que deba entregarse a la Unión Soviética. Ambas acciones serían como la de un hombre que tuviera un capital y deseara que otro hombre trabajase con él en una empresa, y entonces simplemente comenzara por darle la mitad de su capital. El otro hombre podría iniciar una empresa rival, cuando lo que se buscaba era su cooperación. El secreto de la bomba debería entre-

garse a un gobierno mundial, y los Estados Unidos debería anunciar su disposición inmediata de entregarlo a un gobierno mundial. Este gobierno habría de ser formado por los Estados Unidos, la Unión Soviética y Gran Bretaña, las únicas tres potencias que poseen enorme fuerza militar. El hecho de que solo haya tres naciones con enorme fuerza militar facilitaría, y no dificultaría, el establecimiento de un gobierno así.

Puesto que los Estados Unidos y Gran Bretaña poseen el secreto de la bomba atómica y la Unión Soviética no, deben proponerle a esta que prepare y presente el primer proyecto de constitución para el proyectado gobierno mundial. Esto ayudaría a disipar la desconfianza de los rusos, que ya la sienten porque la bomba es un secreto principalmente para prevenir que ellos la tengan. Obviamente, el primer proyecto no ha de ser el final, pero los rusos han de sentir que el gobierno mundial les proporcionaría seguridad.

Sería razonable que esta constitución sea negociada entre un solo estadounidense, un solo británico y un solo ruso. Podrán tener consejeros, pero esos consejeros solo podrán dar consejos cuando se les pidan. Creo que tres hombres podrán llevar a buen término la escritura de una constitución viable, aceptable para todos ellos. Seis o siete hombres, o más, probablemente no lo lograrían. Después de que las tres grandes potencias tengan esbozada una constitución y la hayan adoptado, las naciones más pequeñas podrán ser invitadas a unirse al gobierno mundial. Deben ser libres de permanecer al margen, y aunque se sientan perfectamente seguros si así lo hacen, estoy convencido de que tendrán deseos de incorporarse. Naturalmente, deben dárseles derechos de proponer cambios en la constitución redactada por los Tres Grandes. Pero los Tres Grandes deben seguir adelante y organizar el gobierno mundial, independientemente de si las naciones más pequeñas se les unan o no.

Este gobierno mundial tendrá poder sobre todos los asuntos militares, y solo se necesita, además, un otro poder. Se trata del poder de intervenir en los países donde una minoría esté oprimiendo a la mayoría, creando de esta manera una inestabilidad que conduce a la guerra. Es preciso intervenir en situaciones como las que existen en

Argentina y en España. Debe haber un límite para el concepto de no intervención, pues este límite es parte de la preservación de la paz.

Para establecer este gobierno mundial no se debe esperar hasta que en cada una de las tres grandes potencias estén creadas las mismas condiciones de libertad. Aunque es cierto que en la Unión Soviética gobierna la minoría, no considero que las condiciones internas sean por sí solas una amenaza a la paz mundial. Hay que tener en mente que el pueblo en la Unión Soviética no ha tenido una larga educación política, y los cambios para mejorar las condiciones en Rusia tuvieron que ser llevados a cabo por una minoría porque allí no existía una mayoría capaz de hacerlo. De haber nacido ruso, creo que hubiera podido ajustarme a esta situación.

Al establecer un gobierno mundial con el monopolio de la autoridad militar, no será necesario cambiar la estructura de las tres grandes potencias. Los tres individuos que vayan a redactar la constitución habrán de prever vías para que sus diversas estructuras encajen entre sí para poder colaborar.

¿Tengo temor a la tiranía de un gobierno mundial? Claro que sí. Pero tengo aun más temor a una nueva guerra o a nuevas guerras. Por cierto, cualquier gobierno es malo hasta cierto punto. Pero un gobierno mundial es preferible al mal, aun más enorme, de las guerras, sobre todo debido a su creciente carácter destructivo. Si tal gobierno mundial no se establece por vía de acuerdo, creo que vendrá de todos modos, y en una forma mucho más peligrosa. Y es que la guerra o las guerras conducirán a que una potencia llegue a ser suprema y dominante con respecto al resto del mundo debido a su sobrecogedora fuerza militar.

Ahora que tenemos el secreto atómico no debemos perderlo, y esto es lo que nos arriesgamos a que suceda si se lo entregamos a las Naciones Unidas o a la Unión Soviética. Pero debemos dejar claro lo más pronto posible que no estamos guardando el secreto de la bomba atómica en aras de nuestro poder, sino con la esperanza de lograr la paz por medio de un gobierno mundial, y que haremos todo cuanto depende de nosotros para darle vida a este gobierno mundial.

Reconozco que aquí hay personas que están a favor de una aproximación gradual a un gobierno mundial, aunque lo aprueban como un objetivo en última instancia. La dificultad con el avance a pasos cortos, uno por uno, esperando que así se alcance la meta final, radica en que, mientras se dan esos pasos, seguimos conservando la bomba sin hacer que nuestras razones sean convincentes para quienes no la poseen. Esto de por sí crea miedo y sospechas, con la consecuencia de que las relaciones con los Estados soberanos rivales empeoren peligrosamente. Así, aunque las personas dan un solo paso cada vez y pueden pensar que se están aproximando a la paz mundial, en realidad, con su lento avance solo contribuyen al advenimiento de una guerra. No tenemos tiempo como para malgastarlo de esta manera. Si es posible prevenir la guerra, hay que hacerlo rápidamente.

No debemos mantener el secreto por mucho tiempo. Sé que se está argumentando que ningún otro país tiene dinero suficiente para invertirlo en el desarrollo de la bomba atómica, lo cual nos asegura el secreto por mucho tiempo. Eso de medir las cosas por la cantidad de dinero que cuestan es un error frecuente en este país. Pero otros países que tienen los materiales y los hombres, y deseen utilizarlos en el trabajo sobre el desarrollo del poder atómico, pueden hacerlo, ya que todo cuanto se necesita son hombres y materiales y la decisión de utilizarlos, y no el dinero.

No me considero el padre de la liberación de la energía atómica. Mi participación en esta fue completamente indirecta. De hecho, no había previsto que esto pudiera suceder en mi tiempo de vida. Solo creía que era teóricamente posible. Se llevó a la práctica gracias al descubrimiento casual de la reacción en cadena, y esto no fue algo que yo hubiera podido predecir. Este descubrimiento fue hecho por Hahn en Berlín, y él mismo malinterpretó lo que acababa de descubrir. Fue Lize Meitner quien le dio la interpretación correcta y se escapó de Alemania para poner esta información en manos de Niels Bohr.

No creo que organizando la ciencia del modo en que están organizadas las grandes corporaciones se llegue a asegurar la gran

era de la ciencia atómica. Se puede organizar la aplicación de un descubrimiento ya hecho, pero no que se haga uno. Solamente un individuo libre puede hacer un descubrimiento. Puede haber un tipo de organización mediante la cual se les asegure a los científicos su libertad y se les proporcione adecuadas condiciones de trabajo. Por ejemplo, los profesores de ciencias en las universidades de los Estados Unidos deberían ser liberados de su trabajo docente para que tengan tiempo para hacer más investigaciones. ¿Es posible imaginar una organización de científicos haciendo los descubrimientos de Charles Darwin?

Tampoco creo que las grandes corporaciones privadas de los Estados Unidos sean adecuadas a las necesidades de estos tiempos. Si un visitante procedente de otro planeta hubiera llegado a este país, ¿podría acaso dejar de asombrarse de que en este país se conceda tanto poder a las corporaciones privadas sin que estas tengan una responsabilidad equivalente? Digo esto para recalcar que el gobierno de los Estados Unidos debe mantener el control de la energía atómica no porque el socialismo sea necesariamente deseable, sino porque la energía atómica fue desarrollada por el gobierno y hubiera sido inconcebible entregar esta propiedad del pueblo a ningún individuo o grupo de individuos. En cuanto al socialismo, a menos que sea internacional hasta el punto de formar un gobierno mundial que controle todo el poder militar, podría conducir a la guerra más fácilmente que el capitalismo, porque representa una concentración de poder aun más grande.

Es imposible hacer un estimado de cuándo podrá aplicarse la energía atómica con fines constructivos. Lo que se sabe ahora es tan solo cómo utilizar una cantidad bastante grande de uranio. El uso de cantidades pequeñas, suficientes, digamos, para conducir un coche o un avión, hasta ahora resulta imposible, y no se puede predecir cuándo se llegará a esto. Sin duda alguna, se ha de llegar, pero nadie puede decir cuándo. Tampoco se puede predecir cuándo materiales más comunes que el uranio se podrán utilizar para suministrar la energía atómica. Es de presumir que todos los materiales que se utilicen con este propósito tengan que pertenecer al grupo de los

elementos más pesados, de elevado peso atómico. Estos elementos son relativamente raros debido a su menor estabilidad. La mayoría de estos elementos puede haber desaparecido ya por desintegración radioactiva. Así pues, aunque la liberación de la energía atómica pueda ser, y no dudo que lo sea, de gran ayuda para el género humano, esto puede que no suceda hasta que pase algún tiempo.

Yo mismo no dispongo del don explicativo que me ayude a persuadir a grandes cantidades de personas sobre la urgencia de los problemas con que se enfrenta ahora la raza humana. Por eso, me gustaría delegar esto en alguien que sí posee este don explicativo: Emery Reves, cuyo libro sobre el tópico de la guerra y la necesidad de un gobierno mundial, *The Anatomy of the Peace*, es inteligente, claro, escueto y —si me permiten utilizar un término trillado— dinámico.

Puesto que no preveo que la energía atómica sea de gran ayuda antes de que pase mucho tiempo, tengo que decir que en la actualidad es una amenaza. Y es posible que esto sea bueno. Esto puede intimidar a la raza humana para que ponga orden en sus asuntos internacionales, ya que, sin la presión del miedo, sin duda alguna no lo haría.

(1945)

Un mensaje a los intelectuales

Hoy nosotros, los intelectuales y estudiosos de muchas nacionalidades, tenemos sobre nosotros una gran responsabilidad histórica. Tenemos todas las razones para agradecer a nuestros colegas franceses y polacos, cuya iniciativa nos ha reunido aquí con un propósito trascendental: utilizar la influencia de personas sensatas para asegurar la paz y la seguridad en el mundo. He aquí un problema muy antiguo con el que Platón fue uno de los primeros en luchar tan insistentemente: aplicar la razón y la prudencia a la solución de los

problemas humanos, en vez de dejarse llevar por atávicos instintos y pasiones.

La dolorosa experiencia nos ha enseñado que el pensamiento racional no es suficiente para resolver los problemas de nuestra vida social. Profundas investigaciones y aguda labor científica condujeron con frecuencia a trágicas implicaciones para el género humano al producir, por un lado, inventos que liberan al hombre del agotador trabajo físico, que hacen su vida más fácil y rica, pero que, por el otro, introducen en su vida una gran inquietud: lo convierten en un esclavo de su entorno tecnológico y, lo más catastrófico, crean los medios para su propia destrucción masiva. ¡Esto es, desde luego, una tragedia de patetismo abrumador!

Por patética que sea esta tragedia, es tal vez aun más trágico que, aunque la humanidad ha producido muchos estudiosos tan extremadamente exitosos en el campo de la ciencia y la tecnología, hayamos sido durante mucho tiempo tan ineficaces para encontrar soluciones adecuadas a los muchos conflictos políticos y tensiones económicas que nos acosan. Sin duda, el antagonismo entre los intereses económicos dentro de las naciones y entre ellas es en gran medida responsable por el gran alcance que tiene hoy en día la peligrosa y amenazadora situación en el mundo. El hombre no ha tenido éxito en el desarrollo de las formas políticas y económicas de una organización que pudiera garantizar la coexistencia pacífica de las naciones en el mundo. No ha tenido éxito en la construcción de un sistema que pudiera eliminar la posibilidad de la guerra y prohibir para siempre los instrumentos asesinos de la destrucción masiva.

Nosotros los científicos, cuyo trágico destino ha sido ayudar a hacer que los métodos de aniquilación se hicieran más terriles y más eficaces, debemos considerar que nuestro solemne y trascendente deber es hacer cuanto esté en nuestro poder para prevenir que estas armas se utilicen con los fines brutales para los que fueron inventadas. ¿Qué tarea puede haber más importante para nosotros? ¿Qué objetivo social puede estar más cerca de nuestro corazón? Es por eso que este congreso tiene esta misión de importancia vital. Estamos aquí para aconsejarnos unos a otros. Debemos construir puentes

espirituales y científicos que unan las naciones del mundo. Debemos superar los terribles obstáculos de las fronteras nacionales.

En las entidades más pequeñas de la vida comunitaria, el hombre ha tenido algún progreso hacia el derribo de soberanías antisociales. Esto es verdad, por ejemplo, en cuanto a la vida en las ciudades y, hasta cierto punto, incluso en la sociedad en determinados Estados. En tales comunidades, la tradición y la educación han tenido una influencia moderadora y han creado relaciones tolerables entre las personas que viven dentro de sus límites. Pero en las relaciones entre Estados sigue prevaleciendo la más completa anarquía. No creo que hayamos hecho ningún verdadero progreso en este sentido durante los últimos milenios. Con la mayor frecuencia, los conflictos entre naciones se siguen resolviendo por medio del poder brutal, por medio de la guerra. El ilimitado deseo de poseer un poder aun mayor trata de llegar a ser más activo y agresivo dondequiera y en todo momento que se ofrezca una posibilidad física.

A lo largo de los años, este estado de anarquía en los asuntos internacionales ha causado indescriptibles sufrimientos y destrucción a la humanidad; una y otra vez ha desviado el desarrollo de los hombres, sus almas y su bienestar. En ocasiones ha devastado regiones completas.

Sin embargo, el deseo de las naciones de estar constantemente preparadas para la guerra tiene, además, otras repercusiones en la vida de los hombres. El poder de cada Estado sobre sus ciudadanos ha crecido incesantemente en los últimos siglos, y no menos en los países donde el poder estatal se ha ejercido razonablemente que en aquellos donde ha sido instrumento de una brutal tiranía. La función que posee el Estado de mantener relaciones pacíficas y ordenadas entre sus ciudadanos se ha vuelto cada vez más complicada y dilatada, en gran medida debido a la concentración y la centralización del aparato industrial moderno. A fin de proteger a sus ciudadanos contra ataques desde el exterior, un Estado moderno necesita de efectivos militares, formidables y cada vez mayores. En añadidura, el Estado considera que es necesario educar a sus ciudadanos para los casos de guerra, una «educación» esta que no solo corrompe el alma y

el espíritu de los jóvenes, sino que además afecta negativamente la mentalidad de los adultos. Ningún país puede evitar esta corrupción, que domina a la ciudadanía incluso en los países que carecen de tendencias francamente agresivas. Por ende, el Estado se ha convertido en un ídolo moderno a cuyo sugestivo poder pocos hombres son capaces de escapar.

La educación para la guerra es, en todo caso, un concepto falso. El desarrollo tecnológico en los últimos años ha creado una situación militar completamente nueva. Se han inventado terribles armas, capaces de eliminar en varios segundos a grandes masas de seres humanos y enormes áreas territoriales. Puesto que la ciencia no ha hallado aún protección contra estas armas, el Estado moderno ya no está en condiciones de poder prepararse adecuadamente para la protección de sus ciudadanos.

¿Cómo, entonces, hemos de salvarnos? La humanidad solo puede obtener protección contra el peligro de una inimaginable destrucción y aniquilación sin sentido si una organización supranacional, es la única autorizada a producir o poseer estas armas. Es inconcebible, sin embargo, que en las condiciones existentes las naciones puedan otorgar tal autoridad a una organización supranacional a no ser que esta organización posea el derecho y el deber legal de resolver todos los conflictos que en el pasado han conducido a la guerra. Las funciones de los Estados individuales serían las de concentrarse en asuntos más o menos internos; en sus relaciones con otros Estados solo podrían tratar sobre temas y problemas que en modo alguno representaran peligro para la seguridad internacional.

Por desgracia, no hay indicio alguno de que los gobiernos se hayan dado cuenta de que la situación en que se halla la humanidad convierte la adopción de medidas revolucionarias en una necesidad urgente. Nuestra situación no es comparable a ninguna en el pasado. Por lo tanto, no es posible aplicar métodos y medidas que anteriormente hubieran sido suficientes. Debemos revolucionar nuestro pensamiento, revolucionar nuestras acciones, y debemos tener el valor de revolucionar las relaciones entre las naciones del mundo. Los clichés de ayer ya no sirven hoy y, sin duda alguna, estarán com-

pletamente fuera de lugar mañana. El ofrecer esta seguridad a los hombres del mundo entero es la función social más importante y más difícil que los intelectuales jamás han tenido que desempeñar. ¿Tendrán el suficiente valor para superar sus propias ataduras nacionales en la misma medida en que es preciso inducir a los pueblos del mundo a que cambien de la manera más radical sus profundamente arraigadas tradiciones nacionales?

Es indispensable hacer un esfuerzo tremendo. Si fracasamos ahora, la organización supranacional será construida más tarde, pero entonces tendrá que edificarse sobre las ruinas de una gran parte del mundo hoy existente. Esperemos que la abolición de la anarquía internacional existente no tenga que ser erradicada por medio de una catástrofe mundial autoproducida, cuyas dimensiones nosotros no podemos siquiera imaginar. El tiempo es terriblemente breve. Si vamos a actuar, debemos hacerlo ahora.

(1948)

Sobre la abolición de la amenaza de guerra

Mi participación en la producción de la bomba atómica consistió en una sola acción: firmé una carta al presidente Roosevelt recalcando la necesidad de experimentos a gran escala con el fin de explorar las posibilidades de producción de una bomba atómica.

Estaba plenamente consciente del terrible peligro para la humanidad en caso de que este intento tuviera éxito. Pero la probabilidad de que los alemanes estuviesen trabajando con posibilidad de éxito en el mismo asunto me obligó a dar este paso. No pude hacer otra cosa, aunque siempre he sido un pacifista convencido. A mi entender, matar en una guerra no es nada mejor que cometer un asesinato corriente.

Sin embargo, como las naciones no se deciden a abolir la guerra por medio de acciones conjuntas y a resolver sus conflictos y proteger sus intereses por medio de decisiones pacíficas sobre una base legal,

se ven forzadas a prepararse para la guerra. Se sienten obligadas a preparar todos los medios posibles, incluso los más detestables, con tal de no quedarse atrás en la carrera armamentista general. Este camino necesariamente conduce a la guerra; una guerra que, en las actuales condiciones, significa la destrucción universal.

En estas circunstancias, luchar contra los medios no tiene ninguna posibilidad de éxito. Lo único que puede ayudar es la radical abolición de la guerra y de su amenaza. Esto es por lo que hay que esforzarse. Uno debe estar resuelto a no dejar que lo obliguen a cometer acciones que van en contra de este objetivo. Es una exigencia severa para un individuo consciente de su dependencia de la sociedad. Pero no es una exigencia imposible.

Gandhi, el mayor genio político de nuestro tiempo, ha señalado el camino. Ha mostrado de qué sacrificios son capaces las personas una vez que han hallado el camino correcto. Su obra para la liberación de la India es un vivo testimonio de que la voluntad gobernada por una firme convicción es más fuerte que un poder material aparentemente invencible.

(1952)

La seguridad nacional

Le agradezco, Sra. Roosevelt, la oportunidad de expresar mi convicción sobre esta, la más importante cuestión política.

La idea de alcanzar la seguridad por medio del armamento nacional es, en el actual estado de la técnica militar, una desastrosa ilusión. Aquí en los Estados Unidos esta ilusión ha sido fomentada particularmente por el hecho de que este país ha sido el primero en lograr éxito en la producción de una bomba atómica. Al parecer prealecía la creencia de que al final sería posible alcanzar una decisiva superioridad militar. De esta manera, cualquier opositor potencial se sentiría intimidado, y tanto para nosotros como para toda la humanidad se instauraría la seguridad, tan ardientemente deseada

por todos. La máxima que hemos seguido a lo largo de estos últimos cinco años, expresada brevemente, ha sido esta: seguridad a través de un poder militar superior, cueste lo que cueste.

Esta actitud psicológica mecanicista, técnico-militar, ha traído sus inevitables consecuencias. Cada uno de los actos en la política exterior se maneja desde un solo punto de vista: ¿cómo hemos de actuar para alcanzar, en caso de guerra, una superioridad aun más significativa sobre el opositor? Estableciendo bases militares en todos los puntos posibles y estratégicamente importantes del planeta; armando y fortaleciendo económicamente a los potenciales aliados. Dentro del país: concentración de un enorme potencial financiero en manos de los militares; militarización de la juventud; estrecha supervisión de la lealtad de los ciudadanos, en particular, de los funcionarios públicos, por una fuerza policial que cada día se vuelve más conspicua; intimidación a las personas de ideas políticas independientes; sutil adoctrinamiento del público por medio de la radio, la prensa y las escuelas; creciente restricción de la gama de información pública bajo la presión del secreto militar.

La carrera armamentista entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que al principio se supuso que iba a ser una medida preventiva, asume un carácter histérico. En ambos lados, los medios de destrucción masiva se están perfeccionando a una velocidad febril tras los respectivos muros de secreto. La bomba de hidrógeno aparece en el horizonte público como una probable meta alcanzable. Su desarrollo acelerado ha sido proclamado de manera solemne por el Presidente. Si esto se logra, el envenenamiento radioactivo de la atmósfera y, por lo tanto, la aniquilación de toda la vida sobre la Tierra queda dentro del rango de posibilidades técnicas. El carácter fantasmagórico de este desarrollo radica en su tendencia evidentemente compulsiva. Cada paso aparece como la consecuencia inevitable del anterior. Al final, se vislumbra cada vez más una aniquilación general.

¿Existe alguna manera de salir de este punto muerto creado por el propio hombre? Todos nosotros, sobre todo quienes somos responsables por la actitud de los Estados Unidos y la Unión Sovié-

tica, debemos comprender que pudimos destruir un enemigo externo, pero hemos sido incapaces de librarnos de la mentalidad creada por la guerra. Es imposible alcanzar la paz mientras cada acción se mire desde el punto de vista de un futuro conflicto. Sin embargo, el punto de vista predominante en toda acción política debe ser este: ¿qué podemos hacer para asegurar una coexistencia pacífica e incluso una leal cooperación entre las naciones? Ante todo hay que acabar con el miedo y la desconfianza mutuos. Sin duda alguna es preciso renunciar solemnemente a la violencia (no solo en lo que se refiere a los medios de destrucción). Esta renuncia, sin embargo, solo puede ser eficaz si al mismo tiempo se crea un organismo judicial y ejecutivo supranacional que tenga poderes de decisión sobre los asuntos de interés inmediato para la seguridad de las naciones. Incluso una declaración de las naciones que estén dispuestas a colaborar lealmente en la realización de tal «gobierno mundial restringido» podría reducir en gran medida el inminente peligro de guerra.

En última instancia, todo tipo de cooperación pacífica entre los hombres se basa, ante todo, en la confianza mutua, y solo después en instituciones tales como los tribunales de justicia y la policía. Esto es válido tanto para las naciones como para los individuos. Y la base de toda confianza es el intercambio leal.

¿Y el control internacional? Pues pudiera ser de uso secundario, como una medida policial. Pero sería inteligente no subestimar su importancia. Los tiempos de la Prohibición vienen a la mente y dan qué pensar.

(1950)

Cuarta parte:
Derechos humanos y derechos civiles

Minorías

Parece ser un hecho universal que las minorías —sobre todo cuando a los individuos que las componen se les puede reconocer por sus características físicas— son tratadas como seres de clase inferior por las mayorías entre las cuales viven. La tragedia de tal destino radica no solo en el trato injusto al que dichas minorías se ven automáticamente sometidas en asuntos económicos y sociales, sino también en el hecho de que bajo la sugestiva influencia de la mayoría, una gran parte de las víctimas se deja dominar por los mismos prejuicios y ven a sus semejantes como seres inferiores. Es posible superar esta segunda y más importante parte del mal por medio de una asociación más estrecha con (y una educación deliberada de) la minoría, llevando a cabo así su liberación espiritual.

Los esfuerzos decisivos de los negros estadounidenses en este sentido merecen apoyo y ayuda.

(Publicado en 1934)

La cuestión negra

Estoy escribiendo esto como alguien que ha vivido entre ustedes en los Estados Unidos solo un poco más de 10 años. Y estoy escribiendo en serio y en son de advertencia. Muchos lectores preguntarán: «¿Qué derecho le asiste de hablar de cosas que solo nos conciernen a nosotros y que ningún recién llegado debería abordar?».

No creo que tal punto de vista sea justificado. Quien ha crecido en un determinado ambiente da muchas cosas por descontado. Por otra parte, quien ha venido a este país siendo adulto enseguida ve todo cuanto es peculiar y característico. Creo que una persona así debe hablar libremente sobre lo que ve y siente, ya que al obrar así es posible que demuestre ser útil.

Algo que enseguida hace que el recién llegado se enamore de este país es el trato democrático entre la gente. No estoy pensando aquí tan solo en la democrática constitución política de este país, por muy alto que la valoro. Estoy pensando en las relaciones entre individuos y en la actitud que mantienen unos hacia otros.

En los Estados Unidos todo el mundo se siente seguro de su valor como individuo, nadie se humilla ante otra persona o clase. Incluso la gran diferencia de riqueza, el poder superior de unos cuantos, no puede socavar esta saludable confianza en sí mismo y el respeto natural por la dignidad de un semejante.

Existe, sin embargo, en el panorama social de los estadounidenses un punto sombrío. Su sentido de igualdad y dignidad humana se limita en lo principal a los hombres de piel blanca. Incluso entre estos hay prejuicios de los que yo, como judío, me doy cuenta perfectamente; pero no son importantes en comparación con la actitud de los «blancos» hacia sus conciudadanos de piel más oscura, sobre todo hacia los negro. Mientras más norteamericano me siento, más me duele esta situación. Solo si hablo de ella puedo evitar sentirme su cómplice.

Muchas personas sinceras me responderían: «Nuestra actitud hacia los negros es el resultado de las experiencias desagradables que hemos tenido viviendo junto a ellos en este país. No son nuestros iguales en inteligencia, sentido de responsabilidad y confiabilidad».

Estoy firmemente convencido de que quien piensa así comete un error fatal. Nuestros ancestros trajeron por la fuerza a esas personas negras desde su patria; y por el afán del hombre blanco por la riqueza y una vida fácil se les sometió y explotó sin misericordia, degradándoles hasta el estado de esclavitud. El prejuicio moderno contra los negros es el resultado del deseo de mantener esta indigna situación.

También los antiguos griegos tenían esclavos. No eran negros, sino blancos capturados en la guerra. Ahí no se trataba de diferencias raciales. Y sin embargo Aristóteles, uno de los grandes filósofos griegos, declaraba que los esclavos eran seres inferiores y que era justo que se les sometiera y privara de su libertad. Claro está que Aristóteles estaba atrapado en un prejuicio tradicional del que, a pesar de su extraordinario intelecto, no podía liberarse.

Una gran parte de nuestra actitud hacia las cosas es condicionada por las opiniones y emociones que, siendo niños, absorbemos inconscientemente de nuestro ambiente. En otras palabras, es la tradición —además de las aptitudes y las cualidades heredadas— lo que nos hace ser lo que somos. Solo raras veces nos damos cuenta de cuán relativamente pequeña es la influencia de nuestro pensamiento consciente, en comparación con la poderosa influencia de la tradición, sobre nuestra conducta y nuestras convicciones.

Sería tonto despreciar la tradición. Pero con el crecimiento de nuestra autoconciencia y el aumento de nuestra inteligencia, si hemos de mejorar algún día nuestras relaciones humanas, debemos empezar a controlar la tradición y a asumir una actitud crítica hacia ella. Debemos tratar de reconocer lo que en nuestra tradición aceptada es dañino para nuestro destino y nuestra dignidad, y modelar nuestras vidas de acuerdo con ello.

Creo que quien intente pensar en estas cosas con honradez reconocerá enseguida cuán perjudicial e incluso fatal es el prejuicio tradicional contra los negros.

¿Qué puede, sin embargo, hacer un hombre de buena voluntad para combatir este prejuicio profundamente arraigado? Debe tener valor para dar ejemplo de palabra y de hecho, y debe cuidar que sus hijos no se vean influidos por este prejuicio racial.

No creo que exista una manera de sanar rápidamente este mal que ha echado raíces. Pero, mientras esta meta no se alcance, no puede haber satisfacción mayor para toda persona bien intencionada y justa que la conciencia de que ha empleado sus mejores energías al servicio de la buena causa.

(1946)

Derechos humanos

Damas y caballeros:

Se han reunido ustedes hoy para dedicar su atención al problema de los derechos humanos. Ha sido su decisión el otorgarme en esta ocasión un premio. Cuando me enteré de esta decisión, me sentí algo deprimido. Y es que ¿en qué desafortunada situación ha de hallarse la comunidad para no haber encontrado un candidato más adecuado a quien otorgarle esta distinción?

Durante mi larga vida dediqué todas mis facultades a la búsqueda de una visión algo más profunda sobre la estructura de la realidad física. Nunca hice ningún esfuerzo sistemático para mejorar la humanidad en su conjunto, para luchar contra la injusticia y la opresión, o para perfeccionar las formas tradicionales de las relaciones humanas. Lo único que he hecho es esto: muy de vez en vez expresé mis opiniones sobre asuntos públicos cuando estos me parecían tan malos y desafortunados que el silencio me hubiera hecho sentir culpable de complicidad.

La existencia y la validez de los derechos humanos no están escritas en las estrellas. Los ideales concernientes a la conducta mutua de los hombres y la estructura deseable de la comunidad han sido concebidos y enseñados por individuos ilustres a lo largo de la historia. En teoría, el hombre aceptó gustosamente estos ideales y convicciones que son el resultado de la experiencia histórica, de las ansias de belleza y armonía, pero en todos los tiempos fueron pisoteados por las mismas personas bajo la presión de sus instintos

animales. Por lo tanto, una gran parte de la historia está repleta de la lucha por alcanzar estos mismos derechos humanos, una lucha eterna donde la victoria final tal vez no se logre nunca. Pero cansarse en esta lucha significaría destruir la sociedad.

Hoy en día, cuando hablamos de los derechos humanos nos referimos a las siguientes demandas: protección del individuo contra las arbitrariedades perpetradas por otros individuos o por el gobierno; derecho al trabajo y a la remuneración justa por este; libertad de discusión y enseñanza; participación adecuada del individuo en la formación del gobierno. Hoy en día estos derechos humanos se reconocen teóricamente, aunque debido al abundante uso de maniobras jurídicas formales están siendo violados incluso en mayor medida que hace una generación. Existe, sin embargo, otro derecho humano que pocas veces se menciona pero que al parecer está destinado a cobrar una gran importancia: el derecho del individuo a, o el deber de, abstenerse de cooperar con aquellas actividades que considera incorrectas o perniciosas. En este sentido, el primer lugar ha de otorgarse a la negativa a cumplir con el servicio militar. He conocido ejemplos en los cuales individuos de fuerza moral e integridad inusual entraron, por esta misma razón, en conflicto con los órganos del Estado. El Tribunal de Nuremberg que juzgó a los criminales de guerra alemanes se basó en el reconocimiento de este principio: las acciones criminales no pueden excusarse por haber sido cometidas en cumplimiento de órdenes gubernamentales; la conciencia tiene primacía sobre la autoridad de la ley estatal.

En nuestros días la lucha se libra principalmente por la libertad de convicción política y discusión, así como también por la libertad de investigación y enseñanza. El miedo al comunismo ha conducido a prácticas que han llegado a ser incomprensibles para el resto de la humanidad civilizada y que exponen a nuestro país al ridículo. ¿Durante cuánto tiempo hemos de tolerar que políticos, ávidos de poder, traten de ganar ventajas de esta manera? A veces parece que la gente ha perdido el sentido del humor hasta tal punto que el dicho francés de que «el ridículo mata» ha perdido su validez.

(1954)

Métodos modernos de Inquisición

16 de mayo de 1953
Estimado Sr. Frauenglass:

Gracias por su comunicación. Por «campo remoto» me refería a los fundamentos de la física.

El problema con que se enfrentan los intelectuales de este país es muy serio. Los políticos reaccionarios se las han arreglado para sembrar sospechas en el público sobre todos los esfuerzos intelectuales, agitando ante sus ojos un peligro desde el exterior.

Tras haberlo logrado, ahora se empeñan en suprimir la libertad de enseñanza y privar de sus puestos a todos aquellos que han demostrado no ser sumisos; o sea, matarlos de hambre.

¿Qué debe hacer la minoría de intelectuales en oposición a este mal? Francamente, solo puedo ver la manera revolucionaria de no-cooperación en el sentido de Gandhi. Cada intelectual citado a comparecer ante una de las comisiones debe negarse a testificar; es decir, debe estar preparado para ir a la prisión y a la ruina económica, en breve: preparado a sacrificar su bienestar personal en interés del bienestar cultural de su país.

Sin embargo, esta negativa a testificar no debe basarse en el bien conocido subterfugio de invocar la Quinta Enmienda contra la posible autoincriminación, sino en la declaración de que es vergonzoso que un ciudadano irreprochable se someta a una inquisición así, y de que esa clase de inquisición viola el espíritu de la constitución.

Si la cantidad suficiente de personas están dispuestas a dar este grave paso, tendrán éxito. Si no, entonces los intelectuales de este país no merecen nada mejor que la esclavitud que se les está preparando.

P.S. Esta carta no debe considerarse «confidencial».

(1953)

Quinta parte:
Los judíos y el humanismo

El llamado a los judíos

Este es un momento en el que existe una necesidad particular de que se unan las personas amantes de la persuasión filosófica, es decir, los amigos de la sabiduría y la verdad. Aunque es bien cierto que nuestro tiempo ha acumulado más conocimientos que ninguna época anterior, ese amor a la verdad y la visión que dio alas al espíritu del Renacimiento se ha enfriado, dando paso a una sobria especialización basada más en las esferas materiales de la sociedad que en las espirituales.

En los siglos pasados el judaísmo se aferró exclusivamente a su tradición moral y espiritual. Sus maestros fueron sus únicos líderes. Pero con la adaptación a un todo social mayor, esta orientación espiritual retrocedió al segundo plano, aunque incluso hoy el pueblo judío le debe su vigor, a todas luces indestructible. Si hemos de preservar este vigor para beneficio de la humanidad, debemos atenernos a esta orientación espiritual hacia la vida.

La danza alrededor del becerro de oro no fue un mero episodio legendario en la historia de nuestros antepasados, un episodio que en su simpleza me parece más inocente que esa total adhesión a metas materiales y egoístas que en nuestros días amenaza al judaísmo. En la actualidad, una unión de quienes se cohesionan alrededor de la herencia espiritual de nuestro pueblo tiene la suprema justificación,

y tanto más tratándose de un grupo desprovisto de toda estrechez histórica y nacional. Los judíos debemos ser y seguir siendo portadores y patrocinadores de los valores espirituales. Pero al mismo tiempo debemos estar conscientes de que estos valores espirituales son y seguirán siendo la meta común de toda la humanidad.

(1936)

El objetivo de la existencia humana

Nuestra era se enorgullece del progreso que ha hecho en el desarrollo intelectual del hombre. La búsqueda y la lucha por la verdad y el conocimiento es una de las más elevadas cualidades humanas, aunque con frecuencia quienes menos luchan expresan más estrepitosamente su orgullo. Por cierto, debemos tratar de no convertir el intelecto en nuestro dios; desde luego, tiene poderosos músculos pero carece de personalidad. No puede conducir, solo puede servir; y no es exigente en la selección de sus líderes. Esta característica se refleja en las cualidades de sus sacerdotes: los intelectuales. El intelecto tiene una vista aguda en lo tocante a métodos y herramientas, pero es ciego en cuanto a fines y valores. Así que no es sorprendente que esta fatal ceguera se trasmita de viejos a jóvenes y hoy en día aqueje a toda una generación.

Nuestros antepasados judíos, los profetas y los antiguos sabios chinos comprendían y anunciaban que el factor más importante en la modelación de nuestra existencia humana es la creación y el establecimiento de un objetivo; dicho objetivo ha de ser una comunidad de seres humanos libres y felices quienes, por medio de un constante esfuerzo interior, luchen por liberarse de la herencia de instintos antisociales y destructivos. El intelecto puede ser de poderosa ayuda en este esfuerzo. Los frutos del esfuerzo intelectual, junto a la lucha en sí, en cooperación con la creatividad artística, proporciona contenido y significado a la vida.

Pero hoy en día las groseras pasiones del hombre, más desenfrenadas que nunca, predominan en nuestro mundo. Nuestro pueblo judío, en pequeña minoría por doquier, sin ningún medio para defenderse por la fuerza, está expuesto al más cruel sufrimiento, incluso a la completa aniquilación, en un grado mucho mayor que ningún otro pueblo en el mundo. El furibundo odio contra nosotros se basa en el hecho de que hemos sostenido siempre el ideal de una fraternal asociación y le hemos dado expresión de palabra y de hecho entre lo mejor de nuestro pueblo.

(1943)

A los héroes de la batalla del Ghetto de Varsovia

Combatieron y murieron como miembros de la nación judía, en la lucha contra bandas organizadas de asesinos alemanes. Para nosotros, los judíos de todos los países, estos sacrificios representan el fortalecimiento del nexo que nos une. Luchamos por estar unidos en el sufrimiento y en el esfuerzo por alcanzar una sociedad humana mejor, aquella sociedad que nuestros profetas nos han trazado con tanta claridad y fuerza como un objetivo.

Los alemanes, como pueblo entero, son responsables de esos asesinatos en masa y deben ser castigados como pueblo entero, si es que hay justicia en el mundo y si la conciencia de la responsabilidad colectiva no ha de desaparecer totalmente de la faz de la Tierra. Detrás del partido nazi está el pueblo alemán, que eligió a Hitler después de que este había expresado claramente en su libro y en sus discursos sus vergonzosas intenciones que están más allá de la posibilidad de ser malinterpretadas. Los alemanes son el único pueblo que no ha hecho ningún intento serio para proteger a los injustamente perseguidos. Cuando estén derrotados por completo y comiencen a lamentar su destino, no debemos dejar que

se nos engañe de nuevo, sino tener presente que ellos utilizaron deliberadamente el humanismo de otros para preparar su último y más doloroso crimen contra la humanidad.

(1944)

Ante el Monumento a los judíos mártires del Ghetto de Varsovia

El monumento ante el cual nos hemos reunido hoy ha sido erigido como símbolo de nuestro dolor por la irreparable pérdida que padece nuestra martirizada nación judía. Nos servirá también de recordatorio a nosotros, los sobrevivientes, para que nos mantengamos leales a nuestro pueblo y a los principios morales de nuestros padres. Solo esta lealtad puede darnos la esperanza de sobrevivir a esta era de decadencia moral.

Mientras más grande es el mal que cometen los hombres contra un individuo o un pueblo, tanto más profundo es su odio y repulsión hacia sus víctimas. Engreimiento y falso orgullo por parte de una nación impiden que esta pueda sentir remordimientos por sus crímenes. Quienes no participan en el crimen, tampoco tienen compasión por los sufrimientos de las inocentes víctimas de persecución ni sentimiento de solidaridad humana. Es por eso que los remanentes de la judería europea languidecen en campos de concentración, y los territorios escasamente poblados de esta Tierra les cierran sus puertas. Incluso nuestro derecho, tan solemnemente prometido, de tener nuestro hogar nacional en Palestina, está siendo traicionado. En esta era de degradación moral en que vivimos la voz de la justicia ya no tiene poder alguno sobre los hombres.

Reconozcámoslo claramente y no lo olvidemos jamás: la cooperación mutua y el fomento de los lazos que unen a los judíos de todos los países constituyen en estas condiciones nuestra única protección física y moral. Pero para el futuro nuestra esperanza consiste en sobrepasar el decaimiento moral general que amenaza en

la actualidad a la existencia misma de la humanidad. Trabajemos con todas nuestras fuerzas, por débiles que sean, para que al final la humanidad se recobre de su presente degradación moral y gane una nueva vitalidad y una nueva fuerza en su lucha por el derecho y la justicia, así como por una sociedad armoniosa.

(1948)

Los judíos de Israel

No existe otro problema de importancia tan sobrecogedora para nosotros los judíos como la consolidación de lo que, con asombrosa energía e inigualable disposición al sacrificio, se ha realizado en Israel. Ojalá la alegría y la admiración que nos llenan cuando pensamos en todo lo que este pequeño grupo de enérgicas y entusiastas personas ha logrado nos dé la fuerza para aceptar la enorme responsabilidad que nos plantea la presente situación.

Sin embargo, al valorar este logro no perdamos de vista la causa a la que sirve: el rescate de nuestros hermanos en peligro, dispersos en muchos países, para unirlos en Israel; la creación de una comunidad que se ajuste lo más estrechamente posible a los ideales éticos de nuestro pueblo, ya que se han conformado en el transcurso de una larga historia.

Uno de estos ideales es la paz, basada en la comprensión y el autodominio, no en la violencia. Si bien albergamos este ideal, nuestra alegría se mezcla en cierto grado con la tristeza, porque en la actualidad nuestras relaciones con los árabes distan mucho del mismo. Bien puede ser que pudiéramos alcanzar este ideal si se nos dejara mejorar, sin que nadie nos moleste, nuestras relaciones con nuestros vecinos, ya que queremos paz y nos damos cuenta de que nuestro futuro desarrollo depende de la paz.

Ha sido mucho menos por culpa nuestra o de nuestros vecinos que por la del Poder por Mandato el que no hayamos logrado la formación de una Palestina única, donde judíos y árabes pudiesen vivir

como iguales, libre y en paz. Si una nación domina a otras naciones, como fue en el caso del mandato británico sobre Palestina, difícilmente puede dejar de seguir el conocido principio de *divide et impera*. En el lenguaje corriente esto significa: siembra discordia entre el pueblo gobernado para que no pueda unirse a fin de sacudirse el yugo que se le ha impuesto. Pues ahora el yugo ya no existe, pero la semilla de la discordia ha dado fruto y aún puede hacer daño durante un tiempo, esperemos que no muy largo.

Los judíos de Palestina han luchado por la independencia política, no por su propio bien sino para lograr la libre inmigración para los judíos de muchos países donde su existencia misma estaba en peligro; libre inmigración también para quienes durante mucho tiempo han añorado vivir entre los suyos. No es exagerado decir que han luchado por hacer realidad un sacrificio tal vez único en la historia.

No hablo de la pérdida de vidas y propiedades en la lucha contra un enemigo numéricamente muy superior; tampoco me refiero al agotador trabajo que les toca realizar a los pioneros en un lugar abandonado y árido. Estoy pensando en el sacrificio adicional que una población que vive en tales condiciones tiene que hacer para recibir, en el transcurso de 18 meses, un influjo de inmigrantes que comprende a más de un tercio de todos los judíos residentes en el país. Para comprender lo que esto significa solo basta con imaginar que los judíos estadounidenses hagan una hazaña similar. Supongamos que no hay leyes que limiten la inmigración a los Estados Unidos; imaginemos que los judíos de este país deseen recibir a más de un millón de judíos de otros países en el transcurso de un año y medio, ocuparse de ellos e integrarlos a la economía del país. Esto podría ser un logro tremendo, pero aún dista mucho de lo que han logrado hacer nuestros hermanos en Israel. Y es que los Estados Unidos es un país grande, fértil, escasamente poblado, con un alto nivel de vida y una capacidad de producción altamente desarrollada, incomparable con la pequeña Palestina judía cuyos habitantes, incluso sin la carga adicional de la inmigración masiva, llevan una vida frugal y dura, siempre bajo amenaza de ataques enemigos. Pensemos en las

privaciones y sacrificios personales que este acto voluntario de amor fraternal significa para los judíos de Israel.

Los medios económicos de la comunidad judía de Israel no son suficientes para llevar esta enorme empresa a un exitoso final. Y es que resulta imposible proporcionar hogar y trabajo a 100 000 de las 300 000 personas que han inmigrado a Israel desde mayo de 1948. Están concentrados en campamentos improvisados, en condiciones que son una vergüenza para todos nosotros.

No se puede permitir que esta magnífica obra fracase porque los judíos de este país no ayuden lo suficientemente o con la debida rapidez. Creo que a todos los judíos se nos ha presentado un magnífico regalo: la oportunidad de participar activamente en esta maravillosa tarea.

(1949)

Vencimos en la guerra pero no hay paz

Los físicos se hallan en una situación similar a la de Alfred Nobel. Alfred Nobel inventó el explosivo más poderoso de cuantos se conocían en su tiempo, un medio de destrucción por excelencia. Como expiación por esto, para aliviar su propia conciencia, instituyó sus premios por el fomento de la paz y por los logros pacíficos. Hoy en día, los físicos que han participado en la creación del arma más formidable y peligrosa de todos los tiempos se sienten acosados por un sentimiento similar de responsabilidad, por no decir de culpabilidad. Y no podemos dejar de advertir una y otra vez, no podemos ni debemos flaquear en nuestros esfuerzos por hacer que las naciones del mundo, y en especial sus gobiernos, estén conscientes del inenarrable desastre que provocarán con toda seguridad si no cambian las actitudes de unos con respecto a los otros, así como hacia la tarea de moldear el futuro. Hemos ayudado a la creación de esta nueva arma para que los enemigos del género

humano no lo lograran antes que nosotros, lo cual, dada la mentalidad de los nazis, hubiera significado una inconcebible destrucción y la esclavización del resto del mundo. Hemos entregado esta arma a las manos del pueblo estadounidense y británico como fideicomisarios de toda la humanidad, como luchadores por la paz y la libertad. Pero hasta ahora no hemos visto ninguna garantía de paz, no hemos visto ninguna garantía de las libertades que han sido prometidas a las naciones en la Carta del Atlántico. Se ganó la guerra, pero no hay paz. Las grandes potencias, unidas en la lucha, están ahora divididas en lo tocante a los acuerdos de paz. Al mundo se le prometió liberarlo del miedo, pero de hecho el miedo ha aumentado tremendamente desde que terminó la guerra. Al mundo se le prometió liberarlo de la necesidad, pero grandes sectores del mundo se enfrentan al hambre mientras otros viven en la abundancia. A las naciones se les prometieron liberación y justicia. Pero hemos presenciado, y seguimos presenciando todavía, el triste espectáculo de ejércitos «libertadores» disparando contra el pueblo que desea su independencia e igualdad social, y apoyando en esos países, por la fuerza de las armas, a partidos y personalidades que al parecer son los más convenientes para servir a los intereses creados. Problemas territoriales y disputas por el poder, por obsoletos que sean, siguen prevaleciendo sobre las demandas esenciales del bienestar general y la justicia. Permítaseme ser más explícito al referirme a un solo caso, que no es otra cosa que un síntoma de la situación general: es el caso de mi propio pueblo, el pueblo judío.

Mientras la violencia nazi se desencadenaba tan solo, o en la mayor parte, contra los judíos, el resto del mundo lo contemplaba pasivamente, e incluso se llegaron a firmar tratados y acuerdos con el a todas luces criminal gobierno del Tercer Reich. Más tarde, cuando Hitler tenía en su poder Rumania y Hungría, cuando Maidanek y Oswiecim se hallaban en manos de los aliados y los métodos de las cámaras de gas ya eran bien conocidos en el mundo, todos los intentos por rescatar a los judíos rumanos y húngaros fracasaron porque el gobierno británico había cerrado las puertas de Palestina a los inmigrantes judíos, y no se pudo encontrar ningún país que admitiera a

estas personas abandonadas por todos. Se les dejó morir igual que a sus hermanos en los países ocupados.

Jamás olvidaremos los heroicos esfuerzos de los países pequeños, de las naciones escandinavas, la holandesa y la suiza, y de los individuos en las partes ocupadas de Europa que hicieron todo cuanto estaba en su poder para proteger vidas judías. No olvidaremos la actitud humana de la Unión Soviética, que fue la única entre las grandes potencias en abrir sus puertas a cientos de miles de judíos cuando los ejércitos nazis avanzaban hacia Polonia. Pero después que todo esto sucediera sin que fuese posible impedirlo, ¿qué está pasando hoy? Mientras en Europa se distribuyen territorios sin preocuparse en lo más mínimo de los deseos de las personas interesadas, a los restos de la judería europea, una quinta parte de su población anterior a la guerra, se les vuelve a negar el acceso a su refugio en Palestina y se les condena a padecer hambre y frío y persistente hostilidad. Hoy todavía no hay país deseoso o capaz de ofrecerles un lugar donde pudieran vivir en paz y seguridad. Y el hecho de que los aliados mantienen todavía a muchos de ellos en las denigrantes condiciones de los campos de concentración da testimonio suficiente de la vergüenza y la desesperanza de esta situación. A estas personas se les prohíbe entrar en Palestina esgrimiendo los principios de la democracia, pero en realidad las potencias occidentales, al apoyar la prohibición del Libro Blanco, ceden ante las amenazas y la presión política de cinco vastos y escasamente poblados Estados árabes. Es una pura ironía el que el ministro de Asuntos exteriores británico diga al reducido grupo de judíos europeos que deben permanecer en Europa porque Europa necesita de su talento, y a la vez les advierte que no traten de ponerse a la cabeza de la cola, ya que esto podría acarrearles nuevamente odio y persecución. Pues bien, temo que no puedan evitarlo; con sus seis millones de muertos y muy a pesar suyo, se han visto empujados a la cabeza de la cola, la cola de las víctimas de los nazis.

El cuadro de nuestro mundo de posguerra no es brillante. En lo que respecta a nosotros, los físicos, no somos políticos y nunca ha sido nuestro deseo inmiscuirnos en la política. Pero conocemos

algunas cosas que los políticos desconocen. Y sentimos el deber de decirlas, y de recordar a aquellos que tienen la responsabilidad que no cabe escapar con fáciles palabras de consuelo, que no hay tiempo para proceder poco a poco y aplazar cambios necesarios hasta un futuro indefinido, que no es el momento de mezquinos regateos. La situación exige un esfuerzo valeroso, un cambio radical de toda nuestra actitud, de toda la concepción política. Ojalá el espíritu que impulsó a Alfred Nobel a crear su gran institución, el espíritu de fe y confianza, de generosidad y fraternidad entre los hombres, prevalezca en las mentes de aquellos cuyas decisiones rigen nuestros destinos. De otro modo la civilización humana estará condenada.

(1945)

Sexta parte:
Capitalismo y socialismo

¿Por qué el socialismo?

¿Es aconsejable para alguien que no es experto en cuestiones económicas o sociales expresar sus puntos de vista referentes al socialismo? Creo que por varias razones sí lo es.

Analicemos primero la cuestión desde el punto de vista del conocimiento científico. Podría parecer que no hay esenciales diferencias metodológicas entre la astronomía y la economía: en ambos campos los científicos tratan de descubrir leyes de aceptabilidad general para un grupo circunscrito de fenómenos a fin de hacer que la interconexión entre estos fenómenos adquiera la mayor comprensibilidad posible. Pero en realidad tales diferencias metodológicas sí existen. El descubrimiento de leyes generales en el campo de la economía se hace difícil debido a la circunstancia de que los fenómenos económicos que se observan se ven afectados con frecuencia por factores que son difíciles de valorar por separado. Además, la experiencia que se ha acumulado desde el comienzo del llamado período civilizado de la historia humana, como muy bien se sabe, ha sido sumamente influida y limitada por causas que, por su naturaleza, no son en modo alguno exclusivamente económicas. Por ejemplo, la mayoría de los grandes Estados a lo largo de la historia han debido su existencia a la conquista. Los pueblos conquistadores se establecían legal y económicamente como la clase privilegiada en el territorio conquistado. Se aseguraban el monopolio de la propiedad

sobre la tierra y designaban un clero entre sus propias filas. Los clérigos, que controlaban la educación, convertían la división clasista de la sociedad en una institución permanente y creaban un sistema de valores por el que en lo adelante el pueblo, en la mayoría de los casos inconscientemente, se guiaba en su conducta social.

Pero la tradición histórica pertenece, por así decirlo, al pasado; hoy en día tenemos lo que Thorstein Veblen calificó como «la fase predatoria» del desarrollo humano. Los hechos económicos observables pertenecen a esta fase, e incluso las leyes que podemos deducir de ellos son inaplicables a otras. Puesto que el objetivo real del socialismo consiste precisamente en imponerse y avanzar más allá de la fase predatoria del desarrollo humano, la ciencia económica en su actual estado puede verter poca luz sobre la sociedad socialista del futuro.

Además, el socialismo apunta hacia un fin ético-social. La ciencia, sin embargo, no puede crear fines y, menos todavía, infundirlos en los seres humanos. Lo que más puede hacer la ciencia es proporcionar medios para alcanzar determinados fines. Pero los fines son concebidos por personalidades con elevados ideales éticos, y si esos fines no son mortinatos, sino vitales y vigorosos, son adoptados y llevados adelante por esos numerosos seres humanos que, semiinconscientemente, determinan la lenta evolución de la sociedad.

Por estas razones debemos estar en guardia para no sobreestimar la ciencia y los métodos científicos cuando se trata de los problemas humanos; y no debemos dar por sentado que tan solo son los expertos quienes tienen el derecho de expresarse sobre las cuestiones que tienen que ver con la organización de la sociedad.

Desde hace algún tiempo incontables voces vienen afirmando que la humanidad está atravesando una crisis, que su estabilidad ha sido seriamente dañada. Es característico de una situación así que los individuos se sientan indiferentes o incluso hostiles hacia el grupo, pequeño o grande, al que pertenecen. Para ilustrar lo que quiero decir, permítaseme recordar una experiencia personal. Recientemente discutí con un hombre inteligente y receptivo sobre la amenaza de una nueva guerra, que en mi opinión pondría en un serio

peligro la existencia del género humano, y señalé que solamente una organización supranacional podría dar protección contra este peligro. Entonces mi visitante, muy calmado y sereno, me dijo: «¿Por qué se opone usted tan profundamente a la desaparición de la raza humana?».

Estoy seguro de que tan solo hace un siglo nadie hubiera hecho con tanta ligereza esta clase de planteamiento. Es el planteamiento de un hombre que ha luchado en vano por alcanzar un equilibrio interior y más o menos ha perdido la esperanza de lograrlo. Es expresión de la dolorosa soledad y el aislamiento que hoy en día padecen tantas personas. ¿Cuál es la causa? ¿Existe una salida?

Es fácil plantear tales interrogantes, pero es difícil responderlas con acierto. No obstante, intentaré hacerlo lo mejor que pueda, aunque estoy muy consciente de que nuestros sentimientos y esfuerzos con frecuencia son contradictorios y oscuros y que no pueden expresarse en fáciles y simples fórmulas.

El hombre es, a un mismo tiempo, un ser solitario y un ser social. Como ser solitario, intenta proteger su propia existencia y la de sus allegados, satisfacer sus deseos personales y desarrollar sus capacidades innatas. Como ser social, trata de ganar reconocimiento y afecto de otros seres humanos, compartir sus placeres, reconfortarlos en sus penas y mejorar sus condiciones de vida. Solo la existencia de esos esfuerzos diversos, con frecuencia conflictivos y contradictorios, explica el carácter especial del hombre, y su combinación específica determina hasta qué punto un individuo puede alcanzar un equilibrio interior y contribuir al bienestar de la sociedad. Es muy posible que la relativa fuerza de estas dos corrientes se adquiera fundamentalmente por herencia. Pero la personalidad que emerge finalmente se forma en gran medida por el entorno donde el hombre se encuentra durante su desarrollo, por la estructura de la sociedad en que crece, por la tradición de esa sociedad, y por su apreciación de determinados tipos de conducta. El concepto abstracto de «sociedad» significa, para el individuo humano, la suma total de sus relaciones directas e indirectas con sus contemporáneos y con todas las personas de las generaciones anteriores. El individuo es capaz de

pensar, sentir, luchar y trabajar por sí mismo, pero depende tanto de la sociedad en su existencia física, intelectual y emocional, que resulta imposible pensar en él o comprenderlo al margen de la sociedad. Es la «sociedad» la que suministra al hombre el alimento, la ropa, el hogar, las herramientas de trabajo, el lenguaje, las formas del pensamiento y la mayor parte de su contenido; su vida se hace posible gracias al trabajo y a los logros de muchos millones de personas del pasado y del presente, quienes se ocultan todos tras la pequeña palabra «sociedad».

Es evidente, por lo tanto, que la dependencia del individuo de la sociedad es un hecho natural que no puede ser abolido, exactamente igual que en el caso de las hormigas y las abejas. Sin embargo, mientras todo el proceso vital de las hormigas y las abejas obedece hasta en sus mínimos detalles a rígidos instintos hereditarios, el patrón social y las relaciones entre los seres humanos son muy variables y susceptibles de cambio. La memoria, la capacidad de hacer nuevas combinaciones y el don de la comunicación oral han hecho que entre los seres humanos sean posibles progresos que no son dictados por las necesidades biológicas. Tales progresos se manifiestan en tradiciones, instituciones y organizaciones; en literatura; en logros científicos y de ingeniería; en obras de arte. Esto explica cómo, en cierto sentido, el hombre puede influir en su vida por medio de su propia conducta, y que en este proceso pueden participar el pensamiento y la voluntad conscientes.

El hombre adquiere al nacer, por herencia, una constitución biológica que debemos considerar fija e inalterable, incluidas las necesidades naturales características de la especie humana. Además, a lo largo de la vida, adquiere una constitución cultural que toma de la sociedad por medio de la comunicación y otros muchos tipos de influencias. Es su constitución cultural la que, con el pasar del tiempo, está sujeta a cambios y determina en gran medida las relaciones entre el individuo y la sociedad. La antropología moderna nos enseña, por medio de la investigación comparada de las llamadas culturas primitivas, que la conducta social de los seres humanos puede diferir grandemente, y depende de los patrones sociales predominantes y

de los tipos de organización que prevalecen en la sociedad. Es por eso que quienes están luchando por mejorar la suerte de los seres humanos pueden fundamentar sus esperanzas: los seres humanos no están condenados, por su constitución biológica, a aniquilarse unos a otros o a estar a merced de un destino cruel y autoinfligido.

Si nos preguntamos cómo hay que cambiar la estructura de la sociedad y la actitud cultural del hombre para hacer que la vida humana sea tan satisfactoria como sea posible, debemos tener siempre presente el hecho de que existen determinadas condiciones que no somos capaces de modificar. Como ya hemos dicho, para todos los fines prácticos, la naturaleza biológica del hombre no está sujeta a cambios. Más aun, el desarrollo tecnológico y demográfico de los últimos siglos creó condiciones que han de permanecer. Allí donde las poblaciones son relativamente densas y cuentan con los bienes indispensables para su existencia continua, resultan absolutamente necesarios una extrema división del trabajo y un aparato productivo muy centralizado. La etapa en la cual individuos o grupos relativamente pequeños podían ser totalmente autosuficientes —y que vista retrospectivamente nos parece tan idílica— se ha ido para siempre. Es solo una ligera exageración decir que la humanidad constituye aun hoy una comunidad planetaria de producción y consumo.

Ahora he llegado al punto en que puedo señalar brevemente lo que constituye para mí la esencia de la crisis de nuestro tiempo. Tiene que ver con las relaciones entre el individuo y la sociedad. El individuo se ha vuelto más consciente que nunca de su dependencia de la sociedad. Pero no percibe esta dependencia como un factor positivo, como un nexo orgánico, como una fuerza protectora, sino más bien como una amenaza a sus derechos naturales e incluso a su existencia económica. Por otra parte, su posición en la sociedad es tal que los impulsos egocéntricos de su carácter se acentúan de modo constante, mientras que sus impulsos sociales, que por su naturaleza son más débiles, se deterioran progresivamente. Todos los seres humanos, independientemente de su posición en la sociedad, padecen de este proceso de deterioro. Prisioneros sin saberlo de su propio egocentrismo, se sienten inseguros, solitarios y privados del

ingenuo, simple y no sofisticado goce de la vida. El hombre puede hallar un sentido en la vida, breve y peligrosa como es, solo si se entrega por completo a la sociedad.

La anarquía económica de la sociedad capitalista tal y como existe hoy en día es, en mi opinión, la verdadera fuente del mal. Vemos ante nosotros una enorme comunidad de productores cuyos miembros luchan sin cesar por arrebatarse unos a otros los frutos de su labor colectiva, no por la fuerza sino con plena complacencia de reglas legalmente establecidas. En este sentido, es importante comprender que los medios de producción —o sea, toda la capacidad productiva que se necesita para producir los bienes de consumo así como los bienes capitales adicionales— pueden ser legalmente, y lo son en la mayoría de los casos, propiedad privada de los individuos.

Para simplificar, en lo adelante designaré como «trabajadores» a todos aquellos que no comparten la propiedad sobre los medios de producción, aunque esto no está totalmente de acuerdo con el uso acostumbrado del término. El propietario de los medios de producción está en posición de comprar la fuerza de trabajo del trabajador. Usando los medios de producción, el trabajador produce nuevos bienes que se convierten en propiedad del capitalista. El punto esencial en este proceso es la relación entre lo que produce el trabajador y lo que se le paga, ambos medidos en términos del valor real. En tanto que el contrato laboral es «libre», lo que recibe el trabajador se determina no por el valor real de los bienes que él produce, sino por sus necesidades mínimas y por la necesidad de fuerza de trabajo que tiene el capitalista en relación con la cantidad de trabajadores que compitan por empleos. Es importante comprender que, incluso en teoría, lo que se paga al trabajador no se determina por el valor de su producto.

El capital privado tiende a concentrarse en pocas manos, en parte a causa de la competencia entre los capitalistas, y en parte debido a que el desarrollo tecnológico y la creciente división del trabajo contribuyen a la formación de unidades de producción mayores a expensas de las más pequeñas. El resultado de todo esto es una oligarquía del

capital privado, cuyo enorme poder no puede controlarse con eficacia ni siquiera por una sociedad política democráticamente organizada. Esto es cierto, ya que los miembros de los organismos legislativos son seleccionados por los partidos políticos, generosamente financiados o influidos por capitalistas privados quienes, a efectos prácticos, separan el electorado de la legislatura. En consecuencia, los representantes del pueblo de hecho no protegen lo suficientemente los intereses de los sectores no privilegiados de la población. Más: en las condiciones existentes, los capitalistas privados controlan inevitablemente, de modo directo o indirecto, las principales fuentes de información (la prensa, la radio, la educación). Es, por ello, extremadamente difícil, y desde luego imposible en la mayoría de los casos, que un ciudadano individual llegue a conclusiones objetivas y haga uso inteligente de sus derechos políticos.

Por lo tanto, la situación imperante en una economía basada en la propiedad privada del capital se caracteriza por dos principios fundamentales: primero, los medios de producción (el capital) constituyen propiedad privada y los propietarios disponen de ellos como mejor les parece; segundo, el contrato laboral es libre. Desde luego, no existe una sociedad capitalista pura en este sentido. En particular, es de notar que los trabajadores, a través de largas y cruentas batallas políticas, han logrado éxito al asegurar una forma algo mejorada del «libre contrato laboral» para algunas de sus categorías. Pero tomada en su conjunto, la economía actual no difiere mucho del capitalismo «puro».

Lo que promueve la producción es la ganancia, no la utilidad. No está estipulado que todos aquellos que deseen trabajar y sean capaces de hacerlo puedan siempre hallar empleo; casi siempre ha existido un «ejército de desempleados». El trabajador siempre teme perder su empleo. Puesto que los trabajadores mal pagados y los desempleados no constituyen un mercado ventajoso, la producción de bienes de consumo es limitada, de lo que se deriva una gran injusticia. Con frecuencia, el progreso tecnológico tiene por resultado más desempleo y no un alivio de la carga de trabajo. La búsqueda de

ganancia, conjuntamente con la competencia entre los capitalistas, es responsable de la inestabilidad en la acumulación y la utilización del capital, lo cual conduce a cada vez más severas depresiones. La competencia ilimitada conduce a un gran despilfarro de trabajo y a esa mutilación de la conciencia social del individuo que he mencionado antes.

Creo que esta mutilación del individuo es el mal mayor del capitalismo. Todo nuestro sistema educacional padece a causa de este mal. Una actitud competitiva exagerada se inculca en el estudiante, a quien se le enseña a rendir culto al éxito adquisitivo como una preparación para su futura carrera.

Estoy convencido de que existe una sola manera de eliminar estos graves males, y es por medio del establecimiento de una economía socialista, acompañada de un sistema educacional orientado hacia metas sociales. En una economía así, los medios de producción pertenecen a la sociedad como tal y se utilizan de modo planificado. Una economía planificada, que ajusta la producción a las necesidades de la comunidad, distribuiría el trabajo por hacer entre las personas aptas para realizarlo y garantizaría los medios de vida a cada hombre, mujer y niño. La educación del individuo, además de desarrollar sus propias capacidades innatas, se esforzaría por inculcarle un sentido de responsabilidad por sus semejantes, en vez de ponderar el poder y el éxito como sucede en nuestra presente sociedad.

Sin embargo, hay que recordar que una economía planificada no es todavía socialismo. Una economía planificada como tal puede estar acompañada por la esclavización completa del individuo. Para alcanzar el socialismo es necesario que se resuelvan algunos problemas sociopolíticos extremadamente difíciles: ¿cómo es posible, en vista de la trascendental centralización del poder político y económico, impedir que la burocracia se vuelva omnipotente y soberbia? ¿Cómo es posible proteger los derechos del individuo y, por lo tanto, garantizar un contrapeso democrático al poder de la burocracia?

La claridad en cuanto a los fines y los problemas del socialismo adquiere una enorme importancia en nuestra era de transición.

Puesto que en las circunstancias actuales, un análisis libre y sereno de estos problemas ha devenido un poderoso tabú, considero que la fundación de esta revista [*Monthly Review*] hará un importante servicio público.

(1949)

Reflexiones sobre la crisis económica mundial

Si hay algo que puede alentar a un especialista en la esfera económica a que exprese una opinión sobre la naturaleza de las alarmantes dificultades económicas de la actualidad, es la desesperante confusión de opiniones reinante entre los expertos. Lo que tengo que decir no es nada nuevo y no pretende ser nada más que la expresión de la opinión de un hombre independiente y honrado quien, al estar libre de prejuicios nacionales o de clase, solo desea el bien de la humanidad y el esquema más armonioso posible de la existencia humana. Si he escrito lo que sigue como si estuviera seguro de la verdad de lo que estoy diciendo, es tan solo porque es una forma más fácil de expresarlo; no se debe a una autoconfianza desmesurada o a una creencia en la infalibilidad de mi, un tanto simple, concepción intelectual de los problemas que en realidad son extremadamente complejos.

Tal como yo lo veo, esta crisis se diferencia en su carácter de las crisis pasadas porque está basada en un conjunto completamente nuevo de condiciones que nacen del rápido progreso en los métodos de producción. Solo una parte del trabajo humano disponible en el mundo se necesita ahora para la producción del total de los bienes de consumo necesarios para la vida. En un sistema económico totalmente *laissez-faire*, este hecho conduce inevitablemente al desempleo.

Por causas que no me propongo analizar aquí, la mayoría de las

personas se ven obligadas a trabajar por el salario mínimo que les pueda mantener con vida. Si dos fábricas producen la misma clase de bienes, siendo iguales las demás cosas, la producción será más barata en la fábrica que emplee a menos trabajadores, o sea, la que haga que el individuo trabaje tan duramente y durante tanto tiempo como lo permita la naturaleza humana. De esto se deduce inevitablemente que, con los métodos de producción como los que tenemos hoy en día, solo puede hallar uso una porción de la fuerza de trabajo disponible. Mientras a esta porción se le hacen exigencias desmesuradas, la parte restante queda automáticamente excluida del proceso de producción. Esto conduce a una baja en las ventas y las ganancias. Los negocios fracasan, lo cual aumenta aun más el desempleo y disminuye la confianza en las empresas industriales y, por lo tanto, la participación pública en los bancos; por último, los bancos se vuelven insolventes debido a la brusca extracción de fondos, lo cual conduce a la paralización completa de las ruedas de la industria.

La crisis se ha atribuido también a otras causas que vamos a analizar ahora.

Superproducción. Aquí debemos distinguir entre dos cosas: la superproducción real y la superproducción aparente. Por superproducción real comprendo una producción tan enorme que excede la demanda. Esto tal vez se pueda aplicar a la producción actual de automóviles y de trigo en los Estados Unidos, aunque incluso esto es dudoso. La gente suele entender por «superproducción» una situación en que se produce, de un artículo determinado, una cantidad mayor que la que puede venderse en las circunstancias existentes, a pesar de la escasez de bienes de consumo entre los consumidores. A esto lo llamo superproducción aparente. En este caso lo que falta no es la demanda, sino el poder adquisitivo de los consumidores. Esta superproducción aparente es tan solo otra palabra para designar la crisis y, por lo mismo, no puede servir como explicación de esta; y de ahí que las personas que tratan de hacer a la superproducción responsable de la actual crisis simplemente están jugando con palabras.

Compensaciones. La obligación de pagar compensaciones gravita mucho sobre las naciones deudoras y sus economías, compeliéndolas a recurrir al *dumping* para dañar así también a las naciones acreedoras. Esto es indiscutible. Pero el surgimiento de la crisis en los Estados Unidos, a pesar de la elevada barrera arancelaria, prueba que esta no puede ser la causa principal de la crisis mundial. La escasez de oro en los países deudores debida a las compensaciones a lo sumo puede servir de argumento para poner fin a esos pagos; no puede servir de explicación de la crisis mundial.

Establecimiento de nuevas barreras arancelarias. Aumento de la carga improductiva de los armamentos. Inseguridad política debida al latente peligro de guerra. Todas estas cosas hacen que la situación en Europa esté mucho peor sin afectar realmente los Estados Unidos. El surgimiento de la crisis en los Estados Unidos muestra que estas no pueden ser las causas principales.

La marginación de dos potencias: China y Rusia. Tampoco esta pérdida para el comercio mundial puede haber sido muy sensible para los Estados Unidos y, por lo tanto, no puede ser la causa principal de la crisis.

El mejoramiento económico de las clases bajas desde la guerra. Esto, suponiendo que fuese realidad, solo puede producir escasez de bienes y no una oferta excesiva.

No voy a cansar al lector enumerando otras opiniones que no me parece que vayan al meollo del asunto. De una cosa estoy seguro: este mismo progreso técnico, que de por sí podría aliviar a la humanidad de una gran parte del trabajo necesario para su subsistencia, es la causa principal de nuestra miseria actual. De ahí que hay quien, con toda seriedad, quisiera prohibir la introducción de mejoras técnicas. Esto es obviamente absurdo. Pero, ¿cómo podemos hallar un modo más racional de salir de nuestro dilema?

Si de alguna manera logramos impedir que el poder adquisitivo de las masas, medido en términos de bienes, descienda por debajo de un determinado mínimo, las interrupciones en el ciclo industrial como las que estamos experimentando hoy en día se volverían imposibles.

El método lógicamente más simple para lograrlo, pero también el más atrevido, es una economía por completo planificada, donde sea la comunidad la que produzca y distribuya los bienes de consumo. En lo esencial, es esto lo que se está tratando de hacer hoy en Rusia. Mucho dependerá de los resultados que produzca este forzado experimento. Profetizar en este caso sería una presunción. ¿Es posible, en un sistema así, producir bienes tan económicamente como en un sistema que deja una mayor libertad a la empresa individual? ¿Puede este sistema sostenerse sin el terror que hasta ahora lo ha acompañado y al que todos nosotros, los occidentales, nos cuidaríamos mucho de exponernos? ¿No tendería un sistema económico tan rígido y centralizado al proteccionismo y a la resistencia ante innovaciones ventajosas? En todo caso, debemos tratar que estos recelos no se conviertan en prejuicios que nos impidan formar un juicio objetivo.

Mi opinión personal es que aunque estos métodos son, en general, preferibles en lo que respecta a las tradiciones y los hábitos existentes, es un camino en modo alguno compatible con el objetivo previsto. Tampoco creo que una brusca transferencia de la economía a una administración gubernamental pudiera ser beneficiosa desde el punto de vista de la producción; a la empresa privada hay que dejarle su esfera de actividad hasta tanto no se haya eliminado por la propia industria [por estratagema de los cárteles].

Existen, sin embargo, dos aspectos en que esta libertad económica debe ser limitada. En cada rama de la industria la cantidad de horas laborales por semana ha de reducirse por ley, de modo que el desempleo se vea abolido sistemáticamente. Al mismo tiempo hay que fijar salarios mínimos, de modo que el poder adquisitivo de los trabajadores vaya a la par de la producción.

Además, en las industrias que han adquirido carácter monopolista por medio de la organización de los productores, los precios deben controlarse estatalmente para mantener el flujo del capital dentro de límites razonables y prevenir la estrangulación artificial de la producción y el consumo.

De esta manera tal vez sea posible establecer un equilibrio apropiado entre producción y consumo sin una limitación demasiado grande de la libre empresa y, al mismo tiempo, detener la intolerable tiranía de los propietarios de los medios de producción (tierras y maquinaria) sobre los asalariados, en el sentido más amplio de este término.

(Publicado en 1934)

Sobre la riqueza

Estoy absolutamente convencido de que ninguna riqueza en el mundo puede ayudar a que la humanidad avance, ni siquiera en manos de los luchadores más entregados a esta causa. El ejemplo de individuos grandes y puros es lo único que puede conducirnos hacia nobles pensamientos y hechos. El dinero solo llama a egoísmo e inevitablemente provoca abusos. ¿Puede alguien imaginar a Moisés, a Jesús o a Gandhi con los sacos de dinero de Carnegie?

(Publicado en 1934)

La ciencia y la sociedad

La ciencia interviene de dos maneras en los asuntos de los hombres. La primera la conoce todo el mundo: Directamente, e incluso en mayor medida indirectamente, la ciencia produce cosas útiles que han transformado por completo la existencia humana. La segunda manera tiene carácter educacional: trabaja sobre la mente. Aunque esta manera puede parecer menos obvia a primera vista, no es menos incisiva que la otra.

El efecto práctico más notorio de la ciencia es que hace posible crear cosas que enriquecen la vida, aunque al mismo tiempo la complican: inventos tales como la máquina de vapor, el ferrocarril,

la energía y la luz eléctricas, el telégrafo, la radio, el automóvil, el avión, la dinamita, etc. A estos se le pueden agregar los logros de la biología y la medicina que ayudan a preservar la vida, sobre todo la producción de los analgésicos y los métodos para preservar alimentos almacenados. El mayor beneficio práctico que todos estos inventos representan para el hombre es, en mi opinión, el hecho de que lo liberan del excesivo trabajo muscular que en otros tiempos era indispensable para preservar meramente la existencia. Y hasta donde podemos afirmar que la esclavitud ya ha sido abolida, también esta abolición la debemos a las consecuencias prácticas de la ciencia.

Por otra parte, la tecnología —o la ciencia aplicada— ha confrontado a la humanidad con problemas de enorme gravedad. La supervivencia misma del género humano depende de una solución satisfactoria de estos problemas. Se trata de crear unas instituciones sociales y unas tradiciones sin las cuales los nuevos medios pueden acarrear un desastre de la peor especie.

Los medios mecánicos de producción en una economía no organizada han dado por resultado el que una parte sustancial del género humano ya no es necesaria para la producción de bienes y, por lo tanto, se ve excluida del proceso de circulación económica. Las consecuencias inmediatas son el debilitamiento del poder adquisitivo y la devaluación de la fuerza de trabajo debido a la excesiva competencia, y esto origina, cada cierto tiempo, una grave parálisis en la producción de bienes. Por otra parte, la propiedad sobre los medios de producción confiere un poder que no se corresponde con las garantías tradicionales de nuestras instituciones políticas. La humanidad está librando una lucha por adaptarse a estas nuevas condiciones, y es una lucha que puede traer la verdadera liberación, si es que nuestra generación se muestra capaz de cumplir esta tarea.

La tecnología también ha acortado distancias y ha creado nuevos y extraordinariamente eficaces medios de destrucción, los cuales, en manos de naciones que exigen una irrestricta libertad de acción, se vuelven una amenaza para la seguridad y la supervivencia misma del género humano. Esta situación requiere un poder judicial y ejecuti-

vo único en todo el planeta, pero las tradiciones nacionales se oponen desesperadamente a la creación de una autoridad central de esa índole. En esto nos vemos enfrascados en una lucha cuyo resultado decidirá el destino de todos nosotros.

Por último, los medios de comunicación, o sea, los procesos de reproducción de la palabra impresa y la radio, en combinación con las armas modernas, han hecho posible poner el alma y el cuerpo a merced de una autoridad central, y esta es la tercera fuente de peligro para la humanidad. Las tiranías modernas y sus efectos destructivos muestran con claridad cuán lejos estamos de explotar organizadamente estos logros para el bien de la humanidad. Aquí hay demasiadas circunstancias que requieren de una solución internacional, ya que la base psicológica para tal solución todavía no existe.

Veamos ahora los efectos intelectuales que produce la ciencia. En tiempos precientíficos el pensamiento como tal no era suficiente para alcanzar resultados que toda la humanidad aceptara como certeros y necesarios. Menos aun existía la convicción de que todo cuanto sucede en la naturaleza obedece a leyes inexorables. El carácter fragmentario de las leyes naturales, tal y como las veía el observador primitivo, solo podía fomentar la fe en fantasmas y espíritus. Es por eso que aún hoy el hombre primitivo vive en constante temor a que las fuerzas sobrenaturales y arbitrarias intervengan en su destino.

En el imperecedero crédito de la ciencia se afirma que, al actuar sobre la mente humana, se ha superado la inseguridad del hombre ante sí mismo y ante la naturaleza. Al crear la matemática elemental, los griegos crearon por vez primera un sistema de pensamiento de cuyas conclusiones nadie ha podido escapar. Más tarde, los científicos del Renacimiento idearon la combinación del experimento sistemático con el método matemático. Esta unión hace posible tal precisión a la hora de formular leyes naturales, y tal certeza a la hora de comprobarlas experimentalmente, que como resultado ya no quedó espacio para las diferencias esenciales de opinión en las ciencias naturales. Desde entonces cada generación ha hecho su contribu-

ción al patrimonio del conocimiento y de la comprensión, sin el menor peligro de una crisis que pudiera poner en riesgo toda la estructura.

El amplio público puede ser capaz de seguir los detalles de la investigación científica solo hasta un grado bastante modesto; pero sí puede obtener al menos una ventaja de gran importancia: la confianza en que el pensamiento humano es fiable, y la ley natural, universal.

(Publicado en 1935-1936)

Bibliografía

En sitios web

Expedientes de Einstein en el FBI: www.fia.fbi.gov/einstein.htm

Archivos sobre Albert Einstein en la Jewish National and University Library de la Universidad Hebrea de Jerusalén: www.albert-einstein.org

Albert Einstein Online: www.westegg.com/einstein

Biblioteca Albert Einstein: www.geocities.com/einstein_library/index.htm

American Institute of Physics: www.aip.org/history/einstein

Medios impresos

Dukas, Helen y Banesh Hoffman: *Albert Einstein, the Human Side: New Glimpses from his Archives*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1979.

Einstein, Albert: *Ideas and Opinions*, Modern Library, Nueva York, 1994 (publicado por primera vez en 1954).

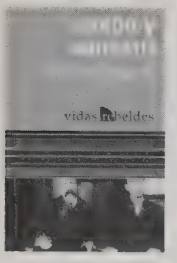
Einstein, Albert: *The World as I See it*, Citadel Press, Nueva York, 1991 (publicado por primera vez en 1935).

Einstein, Albert: *Out of my Later Years*, Wings Books, Nueva York, 1996 (primera edición en 1950).

Einstein, Albert y Sigmund Freud: *Why War?*, International Institute of Intellectual Cooperation, Liga de las Naciones, 1933.

Jerome, Fred: *The Einstein File: J. Edgar Hoover's Secret War Against the World's Most Famous Scientist*, St. Martin's Press, Nueva York, 2002.

vidas rebeldes



sacco y vanzetti

Editado por John Davis

Un ejemplo vigente de cómo los inmigrantes, anarquistas y comunistas eran los "terroristas" de ayer. Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti fueron condenados en un juicio lleno de prejuicios ideológicos y raciales. Su caso suscitó una unánime repulsa internacional y una campaña de defensa que se convirtió en símbolo de una lucha internacional por la justicia, la igualdad y la libertad.

132 páginas, ISBN 978-1-921235-06-1

rosa luxemburgo

Editado por Néstor Kohan

El nombre de Rosa sigue siendo en el siglo XXI sinónimo de rebelión y revolución. El pensamiento de Rosa Luxemburgo continúa generando polémicas. Su espíritu insumiso se asoma en cada manifestación juvenil contra la globalización y la dominación capitalista en este nuevo siglo.

132 páginas, ISBN 978-1-920888-60-2

louise michel

Editado por Nic Maclellan

Louise Michel fue la incendiaria líder de la Comuna de París de 1871, cuando la ciudad se levantó para establecer un gobierno obrero. "La Virgen Roja", anarquista y rebelde irredimible, pasó gran parte de su vida en la clandestinidad, en el exilio, en la cárcel o en peligro de ser encerrada en un manicomio por sus ideales.

130 páginas, ISBN 978-1-921235-03-0

antonio gramsci

Editado por Néstor Kohan

Los escritos de Gramsci, uno de los más brillantes pensadores del siglo XX, son estudiados con pasión por miles de jóvenes en todo el mundo y en todos los idiomas. Las nuevas generaciones que se manfiestan por "otro mundo posible", tienen en Gramsci a un compañero y a un guía inspirador.

132 páginas, ISBN 978-1-920888-59-6

INTRODUCCIÓN AL PENSAMIENTO SOCIALISTA
El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión
Néstor Kohan

El movimiento de resistencia global pone de manifiesto la necesidad de debatir la teoría socialista. Este texto ofrece una síntesis de la historia del pensamiento socialista mundial, desde una perspectiva latinoamericana. Incluye textos claves de la obra de Carlos Marx, Che Guevara, Fidel Castro, Rosa Luxemburgo, José Carlos Mariátegui, Albert Einstein, Julio Antonio Mella, Flora Tristán, entre varios otros.

263 páginas | ISBN 978-1-921235-52-8

LA GUERRA DE VIETNAM
Agustín Prina

Una breve narración, escrita por un joven activista argentino, de la epopeya del pueblo de Vietnam y sus combatientes. Narra la historia de sus victorias sobre Japón, Francia y Estados Unidos; la lucha armada y política de esta pequeña nación y su indoblegable espíritu.

188 páginas | ISBN 978-1-921235-79-5

ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA
Una mirada desde el Foro de São Paulo
Roberto Regalado

Examina el impacto del fin de la era bipolar en la izquierda latinoamericana, el cierre de la etapa de la historia de América Latina caracterizada por el choque entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución, y el inicio de otra etapa en la cual predominan la movilización social y la competencia electoral.

301 páginas | ISBN 978-1-9212438-07-3

FIDEL EN LA MEMORIA DEL JOVEN QUE ES
Fidel Castro

Una selección que compila, por primera vez en un solo volumen, los excepcionales testimonios que en contadas ocasiones el propio Fidel ha dado sobre su niñez y juventud. Fidel Castro habla de su infancia, su formación universitaria, sus primeros momentos como líder estudiantil, hasta los momentos en que se preparaba para el ataque al cuartel Moncada en 1953.

183 páginas + 16 páginas de fotos | ISBN 978-1-920888-19-0

CHE GREVARA PRESENTE

Una antología mínima

Editado por David Deutchmann

Una antología de escritos y discursos que recorre la vida y obra de una de las más importantes personalidades contemporáneas: Ernesto Che Guevara. Nos muestra al Che por el Che, recoge trabajos cumbres de su pensamiento y obra, y permite al lector acercarse a un Che culto e incisivo, irónico y apasionado, terrenal y teórico revolucionario.

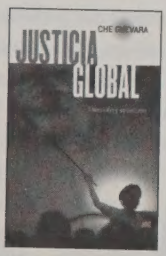
452 páginas | ISBN 978-1-876175-93-1

AMÉRICA LATINA

Despertar de un continente

La presente antología lleva al lector de la mano, a través de un ordenamiento cronológico y de diversos estilos, por tres etapas que conforman la mayor parte del ideario y el pensamiento de Che sobre América Latina. Reúne textos de sus diarios y cartas, e incluye numerosos materiales inéditos y facsímiles.

495 páginas | ISBN 978-1-876175-71-9



JUSTICIA GLOBAL

Liberación y socialismo

Estos trabajos escritos por Ernesto Che Guevara, constituyen verdaderos clásicos sobre solidaridad e internacionalismo, que nos presentan una visión revolucionaria de un mundo diferente en el cual la solidaridad humana, la ética y el entendimiento reemplazan a la explotación y agresión imperialista.

80 páginas + 8 páginas de fotos | ISBN 978-1-876175-46-7

CHE DESDE LA MEMORIA

Los dejo ahora conmigo mismo: el que fui

Una visión intimista y humana del hombre más allá del icono; es una extraordinaria fuente histórica que conjuga fotografías y textos de Che Guevara convertidos en testimonio y memoria de su reflexiva mirada sobre la vida y el mundo. Contiene cartas, poemas, narraciones, páginas de sus diarios, artículos de prensa y fotos tomadas por él mismo.

320 páginas con 200 fotografías duotono | ISBN 978-1-876175-89-4

ocean sur

una nueva editorial latinoamericana

Ocean Sur, casa editorial hermana de Ocean Press, es una nueva, extraordinaria e independiente aventura editorial latinoamericana. Ocean Sur ofrece a sus lectores, en español y portugués, las voces del pensamiento revolucionario del pasado, presente y futuro de América Latina: desde Bolívar y Martí, a Haydée Santamaría, Che Guevara, Roque Dalton, Fidel Castro Hugo Chávez y muchos otros más. Inspirada en la diversidad, la fuerza revolucionaria y las luchas sociales en América Latina, Ocean Sur desarrolla múltiples e importantes líneas editoriales que reflejan las voces de los protagonistas del renacer de Nuestra América.

Editamos los antecedentes y el debate político actual, lo mejor del pensamiento de la izquierda y de los movimientos sociales, las voces indígenas y de las mujeres del continente, teoría revolucionaria, política filosófica de la vanguardia de la intelectualidad latinoamericana, así como los aportes fundamentales de artistas, poetas y activistas revolucionarios. Ocean Sur es un lugar de encuentro.

www.oceansur.com ▪ info@oceansur.com

Spanish 530 Alb

Albert Einstein

ATLANTIC CITY FREE PUBLIC LIBRARY
3 3352 00410 4028

vidas rebeldes

"Lo que más me gusta de Albert Einstein es que era un busca pleitos". —Fred Jerome, *The Einstein File*

albert einstein

Reconocido y elogiado a nivel mundial por sus aportes a la física, Albert Einstein es considerado por todos un gigante en el mundo de la ciencia. Pero este libro toma una nueva mirada, una subversiva visión sobre el hombre al que la revista *Time* considera "La Persona del Siglo", cuya apasionada oposición a la guerra y el racismo, así como su lucha en defensa de los derechos humanos, hizo que el FBI lo incluyera en sus archivos como un socialista enemigo del Estado.

ISBN 978-1-920888-61-9

ocean sur

www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

04-ABD-943